Cuentos Completos II

(1902-1910)

Primera edición en Reino de Cordelia, octubre de 2018
Título original: *The Complete Short Stories of Jack London, volume II*
Edición basada en la publicada por la Stanford University Press, California, 1993

Edita: Reino de Cordelia
www.reinodecordelia.es
@reinodecordelia.es facebook.com/reinodecordelia

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española
© Reino de Cordelia, S.L.
Avd. Alberto Alcocer, 46 - 3º B
28016 Madrid

Traducción de © Susana Carral Martínez, 2018

Ilustraciones de cubierta y capitulares de © María Espejo, 2018

IBIC: FA
ISBN: 978-84-15973-96-6
Depósito legal: M-29884-2018

Diseño y maquetación: Jesús Egido
Corrección de pruebas: María Robledano

Imprime: Medianil Gráfico
Impreso en la Unión Europea
Printed in E. U.
Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Cuentos Completos II

(1902-1910)

Jack London

Traducción de Susana Carral

Índice

Prólogo - La madurez de la aventura 11
Cronología 13

El rey de los griegos 35
Asalto a los piratas de ostras 45
El asedio del *Lancashire Queen* 55
El matrimonio de Lit-lit 65
El golpe maestro de Charley 75
Demetrios Contos 85
Pañuelo Amarillo 95
La historia del Hombre Leopardo 105
La fe de los hombres 109
Las orillas del Sacramento 121
Amor a la vida 129
Demasiado Oro 145
Negore el Cobarde 159
Una nariz para el rey 169
El camino de los parhelios 175
La forma de hacer las cosas del hombre blanco 191

Lo inesperado 201
El Cañón de Oro Puro 217
La güija 233
Lobo Marrón 267
Alojamiento por un día 281
Cuando Dios se ríe 295
El apóstata 305
Y Él los creó 321
Una mujer malvada 331
El ingenio de Porportuk 339
Finis 359
Solo carne 373
Goliat 387
La desaparición de Marcus O'Brien 407
Una invasión sin precedentes 419
El enemigo del mundo entero 431
El sueño de Debs 443
Un curioso fragmento 459
Luz Dorada 467
Encender una hoguera (II) 479
Navegar al oeste 493
Mancha 501
El cumplimiento de un deber 509
El templo del orgullo 521

La semilla de McCoy 533
La casa de Mapuhi 557
El chinago 575
Humillado 587
El *sheriff* de Kona 597
Koolau *el Leproso* 609
Chun Ah Chun 623
Aloha Oe 635
Adiós, Jack 641
El *Francis Spaight* 649
El diente de ballena 657
El pagano 665
La atrocidad de las Salomón 681
Mauki 693
¡Sí, señor! 705
El inevitable hombre blanco 715
La fuerza de los fuertes 723
Al sur del Slot 735
El hombre que araba el mar 749
Samuel 765
Un trozo de carne 781
La locura de John Harned 797
Los que nacen de noche 809
El beneficio de la duda 821

Con 32 años en Melbourne, Australia,
durante una visita realizada en 1908.

En la capitular de la página siguiente,
foto promocional fechada en 1904.

Prólogo
La madurez de la aventura

En 1902, fecha en la que arranca este segundo tomo de sus *Cuentos completos*, que sigue la edición canónica de la Universidad norteamericana de Stanford, Jack London (1876-1916) se encontraba en Londres recopilando material por las calles del West End para su libro *La gente del abismo*. Inmediatamente después emprendería un viaje de tres semanas por Europa. Ya era un escritor reconocido e, incluso, el gran magnate de la prensa William Randolph Hearst —el Ciudadano Kane de Orson Welles— había comenzado a encargarle reportajes, colaboraciones que acabarían convirtiéndolo en corresponsal de guerra.

Jack London junto a sus hijas Joan (derecha) y Bess.

Dos años antes, en 1900 había contraído matrimonio con Bessie Mae Maddern, de la que se separó en 1903, y con la que tuvo dos hijas, Joan y Bess. En 1905 se casó con Charmian Kittredge, con la que viviría su época de esplendor económico.

London ya no era en los primeros años del siglo XX el joven esforzado que buscaba oro en Alaska para mantener a su familia y se esforzaba en aprender a escribir para ganarse la vida más cómodamente que realizando trabajos físicos. Ahora ya es un escritor reconocido al que pagan cientos y hasta miles de dólares por sus relatos, lo que en 1910 le permitirá comprar unos cuatro kilómetros cuadrados de terreno en Glen Ellen, California, territorio que sirve de escenario a varios de los cuentos de este tomo y es mucho más cálido que los fríos de las riberas mineras del Klondike.

Aunque militaba en el Partido Socialista Laborista desde 1896, es a partir de 1900 cuando decide lanzarse a la política activa, con escaso éxito electoral. También pronun-

cia charlas y conferencias políticas para defender sus principios. Su conciencia social cuestiona duramente el trabajo infantil, aboga por mejorar las condiciones laborales de los obreros y apoya abiertamente la intervención del Estado, nacionalizando sectores estratégicos de la economía. Cuentos como «El apóstata» evidencian ese pensamiento progresista, expuesto con la crudeza de una cuchilla de afeitar clavándose en la piel, y da paso a otros menos acertados en los que, a través de distopías, predica un socialismo utópico de sorprendente ingenuidad. Tal vez, el más inquietante de esta tanda que se adentra sin reparos en la ciencia ficción sea «Goliat»: un inventor millonario asesina impunemente, por el bien de la humanidad, a políticos y magnates contrarios a la propiedad pública y la nacionalización de la economía; sin duda, Stalin hubiera encontrado en la lectura de este cuento una fuente de inspiración.

Su capacidad para convertir en ficción la realidad que ha experimentado en carne propia adquiere una enorme brillantez en esta etapa de su vida y define un estilo —que posteriormente seguirá casi al pie de la letra Ernest Hemingway— en el que la literatura se construye a partir de la experiencia vivida, ya sea tal como ocurrió o como le hubiera gustado al escritor que sucediera. Basten como ejemplo sus múltiples relatos de la Patrulla Pesquera, uno de los cuales abre este volumen. Y no hay tema que le sea ajeno: los marinos, los pescadores de perlas, los leprosos, los caníbales, los profesores de Universidad, el boxeo, las corridas de toros ecuatorianas…

El Klondike, los fríos de Alaska, la naturaleza que hiela los sueños de los buscadores de oro no desaparecen, acompañarán a London el resto de su vida con relatos de tanta fuerza como la segunda versión de «Encender una hoguera» y «El camino de los parhelios», pero ahora se alternan con los paisajes cálidos de California o los tórridos de Hawái, la Polinesia francesa, las Islas Salomón o Fiyi, ya en Oceanía.

Territorios de blancos y de aborígenes, de leprosos y de caníbales, maravillosamente descritos y en los que se advierte ya la pluma de otros escritores posteriores, por ejemplo John Steinbeck —¿qué es «La casa de Mapuhi» sino un claro antecedente de *La perla*?—. El factor humano que tanto preocupaba a Somerset Maugham, y algo después a Graham Greene, es la base de una parte de la narrativa de Jack London, que no juzga a sus personajes; se limita a describirlos tal como son, ajenos a condicionantes morales de épocas y culturas. «El chinago», «Koolau el Leproso», «Chun Ah Chun», «Mauki», «Un trozo de carne»… son auténticas maravillas sobre esa capacidad para indagar en el interior del individuo, una especie de prepsicoanálisis, técnica que tanto influiría en la literatura posterior a Sigmund Freud y en autores como Stefan Zweig y Joseph Roth.

Si Rudyard Kipling y Robert Louis Stevenson fueron una inspiración para London, la huella de este se expande capilarmente por la literatura de los siglos XX y XXI en escritores a priori tan dispares entre sí como los de la Generación Perdida norteamericana y los europeos de la Escuela de Viena. Algo que solo logran los clásicos. ▶

Cronología de Jack London

Jack London de niño.

1876

12 DE ENERO: Jack London (JL) nace en San Francisco, California, hijo único de Flora Wellman, quien declara como padre del niño a William Henry Chaney, con el que vive como pareja de hecho entre 1874 y 1875. El bebé recibe el nombre de John Griffith Chaney.

7 DE SEPTIEMBRE: Flora Wellman Chaney se casa con John London y el niño pasa a llamarse John Griffith London.

1878

Después de que Jack London y su hermanastra Eliza enfermaran de difteria hasta el punto de casi fallecer, la familia abandona la bahía de San Francisco y se muda a la costa de enfrente, a Oakland, donde John London vende productos agrícolas a los mercados locales y regenta una tienda de comestibles.

1881

La familia se muda a una granja en Alameda.

1882

Comienza la escuela primaria en Alameda.

1886

27 DE MARZO: La familia adquiere una casa en Oakland tras vivir en distintas granjas del condado de San Mateo y Livermore.

1891

Se gradúa en la escuela de primaria Cole (octavo grado) y empieza a trabajar en la conservera Hickmott. Varios meses después, con dinero prestado por la criada de la familia, Virginia Prentiss, adquiere el *Razzle-Dazzle* y se dedica a piratear ostras en la bahía de San Francisco.

1892

Trabaja como ayudante de patrullero para la Patrulla Pesquera de California, en Benicia.

1893

ENERO-AGOSTO: Se enrola como marinero de primera a bordo de la *Sophia Sutherland*, una goleta dedicada a la caza de focas, en una travesía de ocho meses a Hawái, islas Bonin (Ogasawara), Japón y mar de Bering.

FINALES DE AGOSTO: Acepta un empleo en una fábrica textil a diez centavos la hora en jornadas laborales superiores a diez horas.

11 DE NOVIEMBRE: «Relato de un tifón en la costa japonesa» es su primer relato publicado tras resultar el mejor artículo descriptivo en el concurso para jóvenes escritores organizado por el *San Francisco Morning Call*.

1894

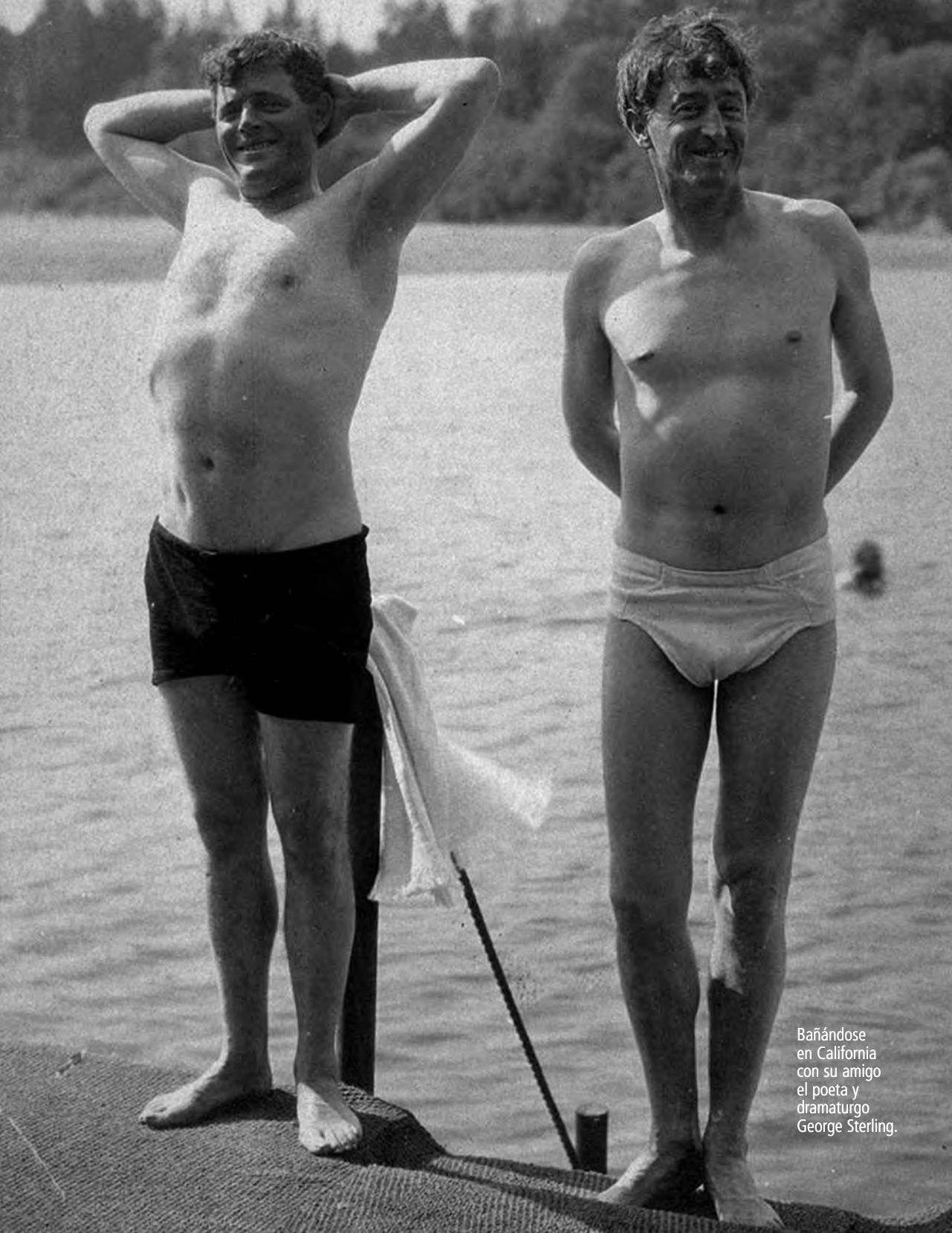
Trabaja como carbonero en la central de la Oakland, San Leandro and Haywards Electric Railway.

6 DE ABRIL: Abandona Oakland para unirse al Ejército de Kelly, el contingente occidental del Ejército Industrial de los Desempleados de Coxey, en su marcha sobre Washington para protestar por las condiciones económicas.

25 DE MAYO: Abandona el Ejército de Kelly en Hannibal, Misuri, para vagabundear por su cuenta.

30 DE MAYO: Visita el recinto de la Feria Mundial de Chicago.

29 DE JUNIO-29 DE JULIO: Es arrestado en Buffalo, Nueva York, y cumple una condena de treinta días por vagabundeo en la penitenciaría del condado de Erie.



Bañándose en California con su amigo el poeta y dramaturgo George Sterling.

Recorre la Costa Este y regresa al oeste en un tren carbonero que cruza Canadá, y se gana el pasaje desde Vancouver trabajando como carbonero a bordo del *SS Umatilla*.

1895

Asiste al instituto de enseñanza secundaria de Oakland y publica relatos breves y artículos en *The High School Aegis*. Participa en el Henry Clay Club, asociación encargada de organizar debates en el instituto. Se enamora de Mabel Applegarth.

1896

Se afilia al Partido Socialista Laborista en abril. Abandona el instituto. Asiste brevemente a la Academia Universitaria de Alameda para preparar los exámenes de ingreso en la Universidad de California, después estudia por su cuenta durante tres meses y, con las clases particulares de Mabel y Ted Applegarth, Fred Jacobs y Bessie Maddern, ingresa en la Universidad de California.

1897

4 DE FEBRERO: Abandona la universidad tras un semestre y, después de un breve período escribiendo y trabajando para los socialistas, acepta un empleo en la lavandería de la Academia Belmont.

25 DE JULIO: Zarpa, junto con su cuñado, el capitán James H. Shepard, en el *SS Umatilla* rumbo a Port Townsend, Washington, y luego en el *City of Topeka* hacia Juneau, Alaska, para unirse a la fiebre del oro del Klondike.

Pasa el invierno en una cabaña situada en la isla Split-Up, entre el río Stewart y el arroyo Henderson, a ciento treinta kilómetros de la ciudad de Dawson, territorio del Yukón.

1898

Enfermo de escorbuto, abandona el Klondike y viaja en balsa río Yukón abajo, desde Dawson hasta St. Michael, en el mar de Bering. Trabaja como carbonero para pagar el pasaje de vuelta a casa y llega a Oakland a finales de julio. Se somete a un régimen intensivo para convertirse en escritor profesional.

1899

ENERO: La revista *Overland Monthly* publica «Al hombre del camino» y luego le encarga una serie de relatos sobre las tierras del Norte.

29 DE JULIO: *Atlantic Monthly* acepta «Una odisea en el Norte» para su publicación en el número de enero de 1900.

DICIEMBRE: Conoce a Anna Strunsky.

Publica, en todo el año, un total de veinticuatro textos, que incluyen ensayos, chistes, poemas y relatos.

1900

7 DE ABRIL: Se casa con Bessie Mae Maddern.

Libro publicado:
- *El hijo del lobo* (Houghton Mifflin)

Bessie Maddern con sus dos hijas.

1901

15 DE ENERO: Nace su hija Joan.

JULIO: Primer encargo como periodista: cubrir el tercer National Bundes Shooting Festival para William Randolph Hearst.

Es derrotado como candidato de los demócratas socialistas a la Alcaldía de Oakland (recibió 245 votos).

Libro publicado:
- *El dios de sus antepasados* (McClure, Phillips)

1902

AGOSTO-SEPTIEMBRE: Vive en el East End de Londres, redactando y reuniendo material para *La gente del abismo*. Viaja por Europa durante tres semanas.

20 DE OCTUBRE: Nace su hija Bess (Becky).

Libros publicados:
- *Una hija de las nieves* (Lippincott)
- *Hijos de la escarcha* (Macmillan)
- *El crucero del Dazzler* (Century)

1903

Se enamora de Charmian Kittredge. Se separa de Bessie London.

Primera edición de *La llamada de lo salvaje* en *The Saturday Evening Post.*

Adquiere el balandro *Spray* para navegar por la bahía de San Francisco.

Libros publicados:

- *Las cartas de Kempton-Wace*, con Anna Strunsky (Macmillan)
- *La llamada de lo salvaje* (Macmillan)
- *La gente del abismo* (Macmillan)

1904

ENERO-JUNIO: Cubre en Corea la guerra ruso-japonesa como corresponsal de guerra para Hearst.

En Corea, como corresponsal en la guerra ruso-japonesa.

28 DE JUNIO: Bessie presenta una demanda de divorcio por abandono del hogar. Se menciona a Anna Strunsky como causa de la separación.

Libros publicados:

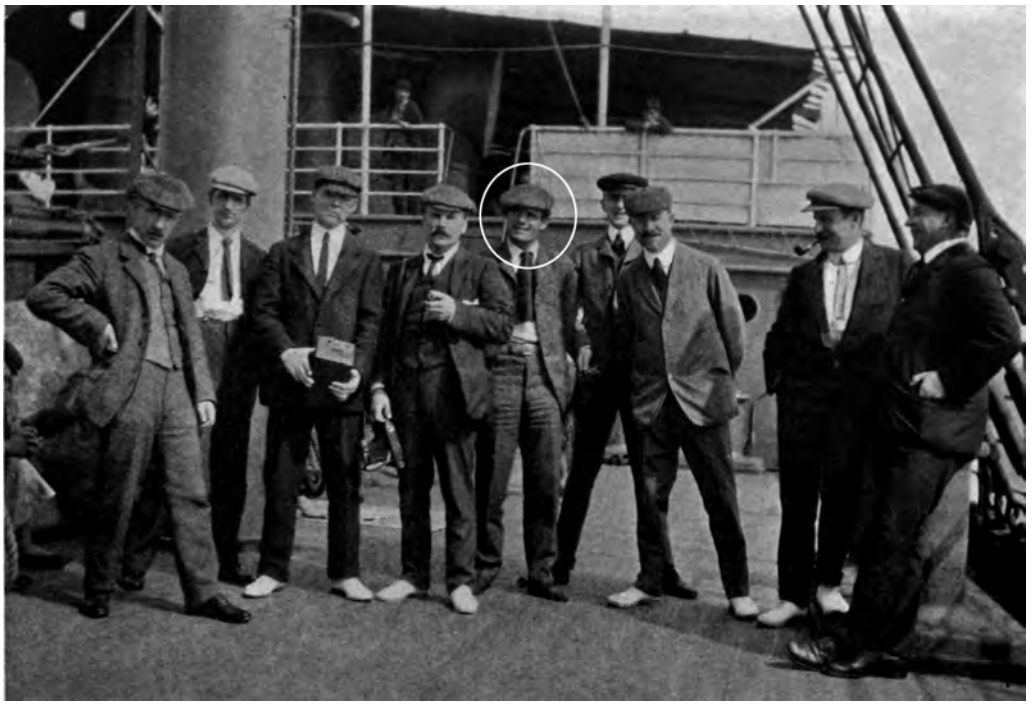
- *La fe de los hombres* (Macmillan)
- *El lobo de mar* (Macmillan)

1905

FEBRERO-MARZO: Travesía en el *Spray* por el río Sacramento.

Es derrotado como candidato de los demócratas socialistas a la Alcaldía de Oakland (recibió 981 votos).

ABRIL-SEPTIEMBRE: Pasa el verano en Wake-Robin Lodge, Glen Ellen, condado de Sonoma.



Grupo de corresponsales rumbo a la guerra ruso-japonesa. Junto a Jack London (en el centro marcado con un círculo), enviado por el *San Francisco Examiner*, figuran (de izquierda a derecha), James H. Hare y Robert L. Dunn, ambos de *Collier's*; J. Sheldon Williams, el capitán Lionel James, del *London Times*; Frederick Palmer, también de *Collier's*; Percival Phillips y O. K. Davis, del *New York Herald*.

6 DE JUNIO: Adquiere el rancho Hill, de 129 acres, principio de su Rancho Hermoso.

18 DE OCTUBRE: Comienza una gira de conferencias socialistas por el Este y Medio Oeste.

19 DE NOVIEMBRE: Se casa con Charmian Kittredge (CKL) en Chicago, solo un día después de que se hiciese definitivo su divorcio de Bessie London.

27 DE DICIEMBRE: Interrumpe la gira de conferencias para disfrutar de una luna de miel en Jamaica y Cuba.

Charmian Kittredge.

Libros publicados:

- *Guerra de clases* (Macmillan)
- *El juego* (Macmillan)
- *Cuentos de la Patrulla Pesquera* (Macmillan)

Jack London navegando con Charmian Kittredge.

1906

11 DE ENERO: Regresa a los Estados Unidos tras su luna de miel en Jamaica.

19 DE ENERO: Reanuda su gira de conferencias y pronuncia «La crisis que viene» ante cuatro mil personas en el Grand Central Palace de Nueva York. Otras conferencias en el Carnegie Hall el 25 de enero, en Woolsey Hall, Universidad de Yale, el 26 de enero y en la Universidad de Chicago el 29 de enero. Tras las conferencias de St. Paul y Grand Forks, en Dakota del Norte (Universidad de Dakota del Norte), cancela la gira por enfermedad y regresa a Glen Ellen a mediados de febrero. Comienza a construir el *Snark* con la intención de realizar un crucero alrededor del mundo durante siete años. Informa sobre el gran terremoto de San Francisco para *Collier's*.

Libros publicados:

- *Cara redonda y otros relatos* (Macmillan)
- *Colmillo blanco* (Macmillan)
- *El desprecio de las mujeres* (Macmillan)

Primera edición de *Colmillo blanco*.

1907

23 DE ABRIL: Tras varios retrasos, el *Snark* zarpa de Oakland rumbo a Hawái.

20 DE MAYO: El *Snark* fondea en Pearl Harbor y se somete a una reparación exhaustiva mientras JL y CKL visitan las islas Hawái.

7 DE OCTUBRE: Zarpa de Hilo rumbo a las Marquesas.

Short Dog Story

A Dog — great love — one master. Second master. After years, both masters together — & dog has to choose between. First master in Klondike — all hardship, & suffering, & two masters. Tucks head in wife's lap. First master goes off down trail. Can see him go, farther & farther. Dog lies down with second master. True to this compact, man & wife do nothing. They sit, watching

toil — second master, in Southland, all soft things, comfortable. (How Jim Brown)

The struggle in the dog. Tries to make both masters go off together. They agree to let him decide. Second

master has wife. A lick for her. His colossal ~~[illegible]~~ perturbation & indecision. His whining & barking — his swift cum back and forth & between the

and waiting, with beating hearts. And in the end, dog bounds off & runs to overtake first master. End with man & wife, sitting ~~together~~ a bit

apart, in same position. They look at each other. The woman smiles, but the tears well into her eyes. Man's eyes frankly wet. Maybe end right here, pre-

fiably so — unless something tremendously appropriate & culminative may be said by one or the other.

Anotaciones para el relato «Lobo Marrón» y una ilustracion de Philip R. Goodwin para su edición en *Everybody's,* en agosto de 1906.

6 DE DICIEMBRE: Llega a Nuku Hiva, islas Marquesas.

18-27 DE DICIEMBRE: Zarpa de las Marquesas rumbo a Tahití.

Libros publicados:

- *Antes de Adán* (Macmillan)
- *Amor a la vida y otros relatos* (Macmillan)
- *El camino* (Macmillan)

A bordo del *Snark* con el tío de Charmian, Roscoe Eames, segundo por la izquierda. Abajo, en Apia (Samoa) en 1908.

1908

13 DE ENERO-14 DE FEBRERO: Viaje de ida y vuelta entre Papeete y Oakland a bordo del *Mariposa* para poner en orden sus asuntos financieros.

4 DE ABRIL-7 DE MAYO: Reanuda la travesía a bordo del *Snark*, desde Tahití a Samoa.

20-27 DE MAYO: Zarpa rumbo a las islas Fiyi.

4-11 DE JUNIO: Sale hacia las Nuevas Hébridas.

21-28 DE JUNIO: Zarpa hacia las islas Salomón.

4-14 DE NOVIEMBRE: Viaje rumbo a Australia.

20 DE NOVIEMBRE: Es hospitalizado en Sídney, Australia, para una operación doble de fístula. Además, padece varias enfermedades tropicales.

8 DE DICIEMBRE: Anuncia públicamente que abandona el viaje en el *Snark*.

Adquiere el rancho La Motte.

Libros publicados:

- *El talón de hierro* (Macmillan)

Jack London y su mujer, Charmian Kittredge, en Hawái.

1909

8 DE ABRIL-21 DE JULIO: Regresa a Oakland vía Ecuador, Panamá, Nueva Orleans y el Gran Cañón. El 24 de julio vuelve a Glen Ellen.

17 DE OCTUBRE-9 DE NOVIEMBRE: Con CKL y a bordo del *Phyllis*, navega los deltas de los ríos San Joaquín y Sacramento.

Libro publicado:

- *Martin Eden* (Macmillan)

1910

12 DE FEBRERO: Contrata a su hermanastra, Eliza Shepard, como directora y administradora del rancho.

Descansando en Glen Ellen, su rancho de California.

14 DE MAYO: Adquiere el rancho Kohler-Frohling-Tokay, de 700 acres, con lo que amplía el Rancho Hermoso hasta casi alcanzar mil acres.

19 DE JUNIO: Nace su hija Joy, que muere el 21 de junio.

14 DE JULIO: Informa sobre el combate del campeonato del mundo entre Johnson y Jeffries celebrado en Reno, Nevada.

17 DE OCTUBRE-14 DE NOVIEMBRE: A bordo del *Roamer*, junto con CKL, navega por el delta del río San Joaquín.

20 DE NOVIEMBRE: El arquitecto Albert Farr visita el rancho para hablar sobre los planos de Wolf House.

Libros publicados:

- *Humillado y otros relatos* (Macmillan)
- *Revolución y otros ensayos* (Macmillan)
- *Burning Daylight* (Macmillan)
- *El robo: Una obra en cuatro actos* (Macmillan)

1911

5 DE ENERO-10 DE FEBRERO: JL y CKL visitan Los Ángeles.

11 DE ABRIL-3 DE MAYO: Travesía con CKL a bordo del *Roamer* por la bahía de San Francisco.

12 DE JUNIO-5 DE SEPTIEMBRE: Realiza un viaje de ida y vuelta a Oregón, de más de dos mil kilómetros, en un carro tirado por cuatro caballos, acompañado por CKL y Nakata, su criado. Deja Wake-Robin Lodge y se muda a una casa nueva en el rancho Kohler (Ranch House).

VOLUME 79. NO. 17. APRIL 27, 1905.

THE YOUTH'S COMPANION

$1.75 A YEAR. 5 CTS. A COPY

Copyright, 1905, by Perry Mason Company, Boston, Mass.

SEVEN TALES OF THE FISH PATROL

BY JACK LONDON

VI. DEMETRIOS CONTOS

IT must not be thought from what I have at various times told of the Greek fishermen that they were altogether bad. Far from it. But they were rough men, gathered together in isolated communities, and fighting with the elements for a livelihood. They lived far away from the law and its workings, did not understand it, and thought it tyranny.

Especially did the fish laws seem tyrannical, and because of this the men of the fish patrol were looked upon by them as their natural enemies.

But it is to show that they could act generously as well as hate bitterly that this story of Demetrios Contos is told.

Demetrios Contos lived in Vallejo. Next to "Big Alex," he was the largest, bravest and most influential man among the Greeks. He had given us no trouble, and probably would never have clashed with us had he not invested in a new salmon-boat.

He had had it built upon his own model, in which the lines of the usual salmon-boat were somewhat modified.

To his high station, he found his new boat very fast in fact, faster than any other boat on the bay or rivers. Forthwith he grew proud and boastful; and our raid with the *Mary Rebecca* on the Sunday salmon-fishers having wrought fear in their hearts, he sent a challenge up to Benicia.

One of the local fishermen told us of it, and it was to the effect that Demetrios Contos would sail up from Vallejo on the following Sunday, and in the plain sight of Benicia set his net and catch salmon, and that Charley Le Grand, patrolman, might come and get him if he could.

Sunday came. The challenge had been twisted abroad, and the fishermen and seafaring folk of Benicia turned out in a mass, crowding Steamboat Wharf till it looked like the grand stand at a football match.

In the afternoon, when the sea-breeze had picked up its strength, the Greek's sail came into view as he beaded along before the wind. He tacked a score of feet from the wharf, waved his hand theatrically, like a knight about to enter the lists, received a hearty cheer in return, and sped away into the straits for a couple of hundred yards.

Then he lowered sail, and drifting the boat sideways by means of the wind, proceeded to set his net.

He did not set much of it, possibly fifty feet, yet Charley and I were thunderstruck by the man's effrontery.

We did not know at the time, but we learned afterward that what he used was an old and worthless net. It *could* catch fish, true; but a catch of any size would have been in sides a thousand pieces.

Charley shook his head and said, "I confess it puzzles me. What if he has not only fifty feet? He could never get it in if we once started for him. And why does he come here, anyway, flaunting his law-breaking in our faces?"

In the meantime the Greek was rolling in the stern of his boat and watching the net floats. When a large fish is meshed in a gill-net the floats by their agitation advertise the fact. And they evidently advertised it to Demetrios, for he now pulled in about a dozen feet of net, and held aloft for a moment, before he flung it into the bottom of the boat, a big, glistening salmon.

It was greeted by the multitude on the wharf with round after round of cheers.

This was more than Charley could stand.

"Come on, lad!" he called to me, and we lost no time jumping into our salmon-boat and getting up sail.

The crowd cheered waiting to Demetrios, and as we darted out from the wharf we saw him slash his worthless net clear with a long knife.

His sail was all ready to go up, and a moment later it fluttered in the sunshine. He ran off, drew in the sheet, and filled on the long tack toward the Contra Costa hills.

By this time we were not more than thirty feet astern. Charley was jubilant. He knew our boat was fast, and he knew, further, that in fine sailing few men were his equals. He was convinced that we should surely catch Demetrios, and I shared his confidence. But somehow we did not seem to gain.

It was a pretty sailing breeze. We were gliding sheerly through the water, and Demetrios was sliding away from us. And not only was he going faster, but he was sailing into the wind a fraction of a point closer than we. This was sharply impressed upon us when he went about under the Contra Costa hills and passed us on the other tack fully one hundred feet dead to windward.

"Where?" Charley exclaimed. "Either that boat is a wonder or there's a five-gallon coal-oil can fast to our keel!"

It certainly looked it, one way or the other; and by the time Demetrios made the Suisuna hills, on the other side of the straits, we were so hopelessly outdistanced that Charley told me to slack off the sheet, and we squared away for Benicia.

The fishermen on Steamboat Wharf showered us with ridicule when we returned and tied up our boat.

Charley and I got out and walked away, feeling rather sheepish, for if in a sure sense to your pride when you think you have a good boat and know how to sail it and another man comes along and beats you.

Charley seemed even a bit a couple of days. Then word was brought to us, as before, that on the next Sunday Demetrios Contos would repeat his performance. Charley turned himself. He had our boat out of the water, cleaned and repainted its bottom, made a trifling alteration about the centerboard, overhauled the rigging, and set up nearly all of Saturday night, sewing on a new and much larger sail. So large did he make it, in fact, that after lunch before the inspection, and we turned away nearly five hundred extra pounds of old iron from the bottom of the boat.

Sunday came, and with it came Demetrios Contos. Again we had the afternoon sea-breeze, and again Demetrios cut now from forty to more feet of his rotten net, and put up and sailed away under our very noses. But he had anticipated Charley's move, and his own sail peaked higher than ever, while a whole extra cloth had been added to the leech.

By the time we had made the return tack to the Suisuna hills we could not fail to see that, while we footed it at about equal speed, Demetrios had eaten the least bit into the wind more than we.

Of course Charley could have drawn his revolver and fired at Demetrios, but we had long since found it contrary to our nature to shoot at a fleeing man guilty of a petty offense.

Also, a sort of tacit agreement seemed to have been reached between the patrolmen and the fishermen. If we did not shoot while they ran away, they, in turn, did not fight if we came hard hands on them.

Then Demetrios Contos ate away from us, and we did no more than—or very hard to overtake him—and in turn, if we had proved better than he, or was sailed better, he would, we knew, make no resistance when we caught up with him.

But it was a vain undertaking for us to attempt to catch him.

"Slack away the sheet!" Charley commanded, and as we fell off before the wind, Demetrios's working jaunty headed down on us.

Charley shoved his hand, saying, "If we can Demetrios into the lower bend. If he tries his performance again we must meet it with some new scheme."

This time it was my intuition which came to the rescue.

"What's the matter?" I suggested, on the Wednesday following. "Will my cousin Demetrios be the least next Sunday, and will your waiting for him on the wharf at Vallejo?"

Charley considered. A natural pride slapped his knee.

"A good idea! You're beginning to use that head of yours. But everybody'll know I've gone to Vallejo, and you can depend upon it that Demetrios will know, too."

"No," I replied. "On Sunday you and I will be round Benicia up to the very moment Demetrios's sail heaves into sight. This will fill everybody's suspicion. Then, when Demetrios's sail does heave in sight, you shall leisurely sway and up-town. All the fishermen will think you're broke, and that you know you're broke."

"So far, so good," Charley commented, while I paused to catch breath.

"When you're once out of sight," I continued, "you lay it for all you're worth for Dan Maloney's. Take that little mare of his, and strike out on the county road for Vallejo. The road's in fine condition, and you can make it in quicker time than Demetrios can beat all the way down against the wind."

"And I'll arrange right away for the mare, first thing in the morning," Charley said.

So usual, Sunday and Demetrios Contos arrived together. It had become the regular thing for the fishermen to assemble on Steamboat Wharf to greet his arrival and laugh at our discomfiture. He sowed sail two hundred yards out, and set his customary fifty feet of rotten net.

"I suppose this nonsense will keep on as long as his old net holds out?" Charley grumbled, with indignation, to the hearing of several of the Greeks. "Well, so long, lad!" Charley called to me, a moment later. "I think I'll go up-town to Maloney's."

"Let me take the boat out?" I asked.

"If you want to," was his answer, as he turned on his heel and walked slowly away.

Demetrios pulled two large salmon out of his net, and I jumped into the boat. The fishermen crowded round in a spirit of fun, and when I started to get up sail, overwhelmed me with all sorts of jocular advice.

But I was in no hurry. I waited to give Charley all the time I could, and I pretended dissatisfaction with the stowed of the sail, and slightly shifted the small tackle by which the sprit forces up the peak. It was not until I was sure that Charley had reached Dan Maloney's that I cast off from the wharf and got my full sail to the wind. A steel puff filled it and suddenly pressed the lee gunwale down till a couple of inches of water came inboard.

A little thing like this will happen to the best small-boat sailors, and yet, although I instantly let go the sheet and righted, I was covered mortifyingly, as if I had been guilty of a very awkward blunder.

Where Demetrios saw only one person in the fish-patrol boat, and that was a boy, he got excited to play with me. Making a short tack out, he returned, with his sheet a little free, to the Steamboat Wharf. And there he made short tacks, and turned and twisted and dashed round, to the great delight of his sympathetic audience.

I was right behind him all the time, and I dared to do whatever he did, even when he squared away before the wind and jibed his big sail (a most dangerous trick with such a sail on such a craft).

He threatened upset the brisk sea-breeze and some obstacle, which hurtling kicked up a nasty sea, to bring me to grief. But I was no novice, and if I do say it, never in all my life did I sail a boat better than on that day.

It was Demetrios who came to grief instead. Something went wrong with his centerboard, so that it jammed in the case and would not go all the way down.

In a short twisting spurt, which he had gained from me by a clever trick, I saw him working impatiently with the centerboard, trying to force it down. I gave him little time, and he was compelled quickly to return to the tiller and sheet.

The centerboard made him anxious. He

AND THERE . . . DIMINISHING AND NUDGING GOING NATURALLY, SAT DEMETRIOS CONTOS

Publicación del relato «Demetrios Contos» en *The Youth's Companion*, el 27 abril 1905.

24 DE DICIEMBRE: JL y CKL salen hacia Nueva York en tren.

Libros publicados:

- *Cuando Dios se ríe y otros relatos* (Macmillan)
- *Aventura* (Macmillan)
- *La travesía del Snark* (Macmillan)
- *Cuentos de los mares del Sur* (Macmillan)

1912

2 DE ENERO: Llega a Nueva York.

Ilustración de F. E. Schoonover para «Encender una hoguera», relato publicado en *Century*, agosto 1908.

30 DE ENERO: Firma un contrato de edición con la Century Company.

1 DE MARZO: JL y CKL zarpan de Baltimore a bordo del *Dirigo* para realizar una travesía de cinco meses hasta Seattle, pasando por el cabo de Hornos.

4 DE AGOSTO: Regresa a Glen Ellen. El 5 de agosto firma un contrato de cinco años con *Cosmopolitan* para escribir relatos de ficción.

12 DE AGOSTO: CKL sufre un aborto y pierde a su segundo hijo.

26 DE NOVIEMBRE-28 DE DICIEMBRE: Con CKL y a bordo del *Roamer* recorre los deltas de los ríos San Joaquín y Sacramento.

Libros publicados:

- *El templo del orgullo y otros relatos hawaianos* (Macmillan)
- *El hijo del sol* (Doubleday, Page)
- *Smoke Bellew* (Century)

1913

24-30 DE ABRIL: Visita Los Ángeles para negociar un contrato cinematográfico con Sydney Ayres y Herbert M. Horkheimer, de la productora Balboa Amusement.

Ilustraciones de E. L. Blumenschein para «Amor a la vida» y «Lo inesperado», publicados en la revista *McClure's*, en diciembre de 1905 y agosto de 1906, respectivamente.

JUNIO: Vuelve a publicar con Macmillan.

8 DE JULIO: Se somete a una operación de apendicitis.

22 DE AGOSTO: Un incendio destruye Wolf House.

5 DE OCTUBRE: Acude con CKL al Teatro Imperial de Grauman en San Francisco para asistir al estreno de *El lobo de mar*, de la Bosworth Inc., el primer largometraje producido en Norteamérica.

18 DE OCTUBRE: Junto con CKL, zarpa a bordo del *Roamer* para navegar por los deltas de los ríos San Joaquín y Sacramento.

11 DE DICIEMBRE: Se reúne con Ed Morrell en el restaurante Saddle Rock de Oakland para que este le hable de sus experiencias en la cárcel, que usará para escribir *El vagabundo de las estrellas*.

14-16 DE DICIEMBRE: Visita Los Ángeles para asistir a un juicio por los derechos de autor acordados con la productora Balboa Amusement. El juez falla a favor de JL.

Libros publicados:

- *Los que nacen de noche* (Century)
- *The Abysmal Brute* (Century)
- *John Barleycorn* (Century)

1914

8 DE ENERO-20 DE FEBRERO: Pone fin a la travesía en el *Roamer* para viajar a Nueva York a fin de ocuparse de sus asuntos financieros.

London, segundo por la izquierda, con otros corresponsales que cubrieron la intervencion de Estados Unidos, frente a la Escuela Naval de Veracruz (México).

7 DE ABRIL: Tom Wilkinson y William Beatly visitan el rancho para hablar de la Jack London Grape Juice Company. Se presentan los estatutos el 16 de julio. La compañía fracasa en 1915.

18 DE ABRIL: Sale de Oakland con CKL hacia Veracruz, México, vía Houston y Galveston, a fin de informar sobre la ocupación estadounidense, para *Collier's*.

30 DE MAYO: Sufre un ataque agudo de disentería.

18 DE JUNIO: Regresa a Glen Ellen.

4 DE OCTUBRE: Zarpa de nuevo con CKL en el *Roamer* para navegar por los deltas de los ríos San Joaquín y Sacramento.

Libros publicados:

- *La fuerza de los fuertes* (Macmillan)
- *El motín del* Elsinore (Macmillan)

1915

15-17 DE ENERO: Visita el carnaval de invierno de Truckee.

31 DE ENERO: Regresa a Glen Ellen tras una travesía en el *Roamer*.

12 DE FEBRERO: Sufre un ataque agudo de reumatismo.

23 DE FEBRERO: JL y CKL zarpan a bordo del *SS Matsonia* para permanecer cinco meses en Hawái tras visitar la exposición Panama-Pacific en San Francisco el 22 de febrero.

23 DE JULIO: Regresa a Glen Ellen.

16 DE DICIEMBRE: JL y CKL zarpan en el *SS Great Northen* rumbo a Hawái.

Libros publicados:

- *La peste escarlata* (Macmillan)
- *El vagabundo de las estrellas* (Macmillan)

1916

26 DE JULIO: Zarpa con CKL en el *SS Matsonia* desde Honolulú a San Francisco.

3 DE SEPTIEMBRE: Acude a la Feria Estatal de California celebrada en Sacramento. Allí sufre reumatismo agudo en el pie izquierdo. Regresa a Glen Ellen el 16 de septiembre.

26 DE OCTUBRE: Asiste a un juicio en Santa Rosa por una demanda sobre servidumbre de aguas, presentada por Edward y Ninetta Payne.

8-14 DE NOVIEMBRE: Segundo juicio en Santa Rosa por la servidumbre de aguas, fallado a favor de JL. El 10 de noviembre sufre un ligero ataque por envenenamiento por tomaína.

16 DE NOVIEMBRE: Noticiario de JL en el rancho, realizado por la Gaumont Company. Se exhibe el 16 de diciembre.

Jack London y Charmian Kittredge en la playa de Waikiki (1915).

21 DE NOVIEMBRE: Vuelve a sufrir una dolencia estomacal y se queja de que no consigue dormir.

22 DE NOVIEMBRE: Su criado Sekine lo encuentra inconsciente en la cama. Fallece a las 7:45 de la tarde, tras varios intentos inútiles por revivirlo. Su muerte se atribuye a «uremia provocada por un cólico nefrítico. Duración más de un día. Nefritis intestinal crónica asociada. Duración tres años».

Libros publicados:

- *El plantador de bellotas: obra sobre los bosques de California* (Macmillan)
- *La pequeña dama de la casa grande* (Macmillan)
- *Las tortugas de Tasmania* (Macmillan)

Libros publicados póstumamente:

- *La deriva humana* (Macmillan, 1917)
- *Jerry de las islas* (Macmillan, 1917)
- *Michael, hermano de Jerry* (Macmillan, 1917)
- *El ídolo rojo* (Macmillan, 1917)
- *En la esterilla de makaloa* (Macmillan, 1917)
- *Tres corazones* (Macmillan, 1920)
- *La valentía que da el alcohol y otros relatos* (Macmillan, 1922)
- *Asesinatos S.L.* (Completada por Robert L. Fish; McGraw-Hill, 1963)

Cuentos Completos II

(1902-1910)

Jack London

El rey de los griegos

ALEC *EL GRANDE* nunca había sido capturado por la Patrulla Pesquera. Alardeaba de que nadie podía apresarlo con vida y contaba que muchos hombres habían intentado atraparlo muerto y ninguno lo había logrado. También contaba que al menos dos de los patrulleros que intentaron capturarlo muerto acabaron muriendo ellos. Por si fuera poco, ningún hombre violaba las leyes sobre pesca de forma más sistemática y deliberada que Alec *el Grande*.

Lo llamaban Alec *el Grande* por su gigantesca estatura. Medía un metro noventa y su anchura de hombros y de pecho iba en proporción a su altura. Sus músculos eran impresionantes y duros como el acero, y entre los pescadores circulaban muchas historias sobre su fuerza prodigiosa. Tenía tanto carácter —dominante y audaz— como fuerza física, y debido a eso también era conocido como el rey de los griegos. La población pesquera estaba compuesta en su mayor parte por griegos y todos lo consideraban su jefe y como tal le obedecían. En calidad de jefe luchaba por ellos, se ocupaba de que estuviesen protegidos, los salvaba de los representantes de la ley cuando caían en sus garras y vigilaba que se apoyasen los unos a los otros y a él mismo si surgían problemas.

La Patrulla Pesquera había intentado capturarlo en muchas ocasiones que acabaron en desastre, hasta que al final se rindió y lo dejó por imposible, así que, cuando nos enteramos de que venía hacia Benicia, me dominó el deseo de verlo. Pero no tuve que perseguirlo. Con su audacia de siempre, lo primero que hizo al llegar fue perseguirnos a nosotros. Por entonces Charley Le Grant y yo estábamos a las órdenes de un patrullero llamado Carmintel, y los tres nos encontrábamos en el *Reindeer*, preparándonos para zarpar, cuando Alec *el Grande* subió a bordo. Carmintel lo conocía porque se estrecharon la mano. Alec *el Grande* nos ignoró por completo a Charley y a mí.

—Vengo para pescar esturiones durante un par de meses —le dijo a Carmintel.

Sus ojos brillaron desafiantes mientras hablaba y el patrullero bajó la mirada.

—Está bien, Alec —respondió Carmintel en voz baja—. No te molestaré. Acompáñame al puente y nos pondremos de acuerdo —añadió.

En cuanto entraron y cerraron la puerta, Charley me guiñó un ojo con toda la intención. Pero yo no era más que un muchacho y no estaba acostumbrado a tratar con hombres ni conocía la forma de proceder de algunos de ellos, por lo que no lo entendí. Charley tampoco se explicó, pero me pareció que en aquel asunto había algo que no estaba bien.

Los dejamos que charlaran y, a sugerencia de Charley, subimos a bordo el esquife y nos acercamos al muelle de vapores, donde se encontraba el arca de Alec *el Grande*. Un arca es un barco-vivienda de dimensiones pequeñas pero cómodas, tan necesario para el pescador de la zona alta de la bahía como las redes y los botes. Ambos sentíamos curiosidad por ver el arca de Alec *el Grande*, pues se contaba que había sido escenario de más de una batalla campal y que estaba llena de orificios de bala.

Encontramos los orificios (taponados con madera y pintados por encima), pero no eran tantos como había esperado. Charley se dio cuenta de mi decepción y se rio; luego para consolarme narró una de las expediciones que habían atacado el hogar flotante de Alec *el Grande* a fin de capturarlo preferiblemente vivo, muerto si era necesario. Tras medio día de lucha, los patrulleros se retiraron en sus embarcaciones destrozadas, con un muerto y tres heridos. A la mañana siguiente, cuando regresaron con refuerzos, solo encontraron los postes de amarre del arca de Alec *el Grande*. El arca permaneció oculta durante meses en lo más intrincado de los tules o juncos de Suisun.

—Pero ¿por qué no lo ahorcaron por asesinato? —quise saber—. Estados Unidos tiene poder de sobra para llevar ante la justicia a semejante hombre.

—Se entregó y lo juzgaron —respondió Charley—. Le costó cincuenta mil dólares ganar la causa, lo que hizo basándose en tecnicismos y con la ayuda de los mejores abogados que pudo contratar en este Estado. Todos los pescadores griegos del río contribuyeron. Alec *el Grande* les aplicó un impuesto que él mismo se ocupó de cobrar, como si fuese un rey. Estados Unidos es todopoderoso, muchacho, pero Alec *el Grande* es un rey dentro de Estados Unidos, con país y súbditos propios.

—¿Y qué vais a hacer respecto a la pesca de esturiones? Es capaz de usar un sedal chino.

Charley se encogió de hombros.

—Veremos lo que haya que ver —fue su enigmática respuesta.

Un sedal chino es un ingenioso artilugio inventado por el pueblo cuyo nombre lleva. Mediante un sencillo sistema de corchos, pesas y anclas, miles de anzuelos, cada uno en una guía separada, quedan suspendidos a una distancia de entre quince y treinta centímetros por encima del fondo. Lo más increíble de semejante sedal es el anzuelo. No lleva muerte y en lugar de ella el anzuelo está tan afilado que la punta es como la

de una aguja. Esos anzuelos solo están separados entre sí por unos pocos centímetros y cuando varios miles de ellos cuelgan casi pegados al fondo, como un ribete de flecos, a lo largo de un par de cientos de brazas, constituyen un obstáculo formidable para cualquier pez que se desplace cerca del lecho.

Uno de esos peces es el esturión, que circula hozando en el cieno como un cerdo. Cuando se pincha con el primer anzuelo que toca, el esturión salta sobresaltado y entra en contacto con media docena más de esos ganchos. Entonces empieza a agitarse con tanta violencia que un anzuelo tras otro se clavan en su carne, tirando de él desde diferentes ángulos y reteniéndolo con fuerza hasta que muere. Como ningún esturión puede pasar con vida a través de un sedal chino, las leyes pesqueras consideran que ese artilugio es una trampa; y debido a que pretende exterminar al esturión, esas mismas leyes lo tachan de ilegal. Estábamos seguros de que ese era el sedal que Alec *el Grande* pretendía utilizar, en manifiesta y flagrante violación de la ley.

Transcurrieron varios días tras la visita de Alec *el Grande*, durante los que Charley y yo lo vigilamos continuamente. Llevó su arca a remolque rodeando el embarcadero Solano para entrar en la gran ensenada del astillero Turner. Sabíamos que la ensenada era una zona buena para los esturiones y estábamos seguros de que el rey de los griegos pretendía iniciar allí sus actividades. La marea entraba y salía de la ensenada moviéndose en círculos por lo que solo se podía alzar, bajar o colocar un sedal chino durante el período de calma entre mareas, es decir, durante la marea muerta. Por eso Charley y yo quedamos en que uno o el otro vigilaría desde el embarcadero Solano durante esas calmas.

Al cuarto día me encontraba tumbado al sol tras la riostra del embarcadero cuando vi que un esquife zarpaba desde la lejana orilla y ponía rumbo a la ensenada. Al instante cogí los prismáticos y empecé a seguir los movimientos del esquife. A bordo iban dos hombres y, aunque estaban a más de una milla de distancia, me di cuenta de que uno de ellos era Alec *el Grande*. Antes de que el esquife hubiese regresado a la orilla yo ya tenía muy claro que el griego había colocado el sedal.

—Alec *el Grande* tiene un sedal chino en la ensenada del astillero Turner —le dijo esa tarde Charley Le Grant a Carmintel.

Una fugaz expresión de fastidio asomó al rostro del patrullero y luego, como ausente, dijo:

—¿Sí?

Eso fue todo. Charley se mordió el labio enfadado y se marchó.

—¿Te apuntas, muchacho? —me dijo más tarde, cuando terminamos de fregar las cubiertas del *Reindeer* y nos disponíamos a acostarnos.

Se me hizo un nudo en la garganta y solo pude asentir con la cabeza.

—Pues entonces —continuó con un brillo decidido en los ojos—, tenemos que ocuparnos nosotros de capturar a Alec *el Grande*, tú y yo, y lo haremos a pesar de Carmintel. ¿Me ayudarás? —Hizo una pausa y añadió—: Va a ser complicado, pero podemos conseguirlo.

—Por supuesto que podemos —respondí en tono entusiasta.

Entonces él repitió: «Por supuesto que podemos», nos estrechamos la mano para cerrar el trato y nos fuimos a dormir.

Pero nos habíamos impuesto una tarea nada fácil. Para condenar a un hombre por pescar ilegalmente era necesario pillarlo con las manos en la masa y rodeado de todas las pruebas de su delito: anzuelos, sedales y peces. Eso significaba que debíamos detener a Alec *el Grande* en una zona despejada, donde podría vernos venir y prepararnos uno de esos cálidos recibimientos por los que era famoso.

—No hay vuelta de hoja —me dijo Charley una mañana—. Si logramos ponernos a su costado, tendremos una posibilidad, así que no nos queda más que intentar situarnos a su costado. Vamos, chico.

Nos encontrábamos en el barco salmonero del río Columbia, el que habíamos utilizado contra los chinos pescadores de gambas. Era el período de marea muerta y al rodear el embarcadero Solano vimos a Alec *el Grande* manos a la obra, manejando su sedal y recogiendo los peces.

—Cámbiame el sitio —ordenó Charley— y pon rumbo a su popa, como si fueras a entrar en el astillero.

Me hice cargo de la caña del timón y Charley se sentó en la bancada del centro del barco, con el revólver a su lado.

—Si empieza a disparar —me advirtió—, échate al suelo y maneja la caña desde abajo, de forma que lo único que quede a la vista sea tu mano.

Asentí y guardamos silencio mientras el barco surcaba las aguas suavemente y Alec *el Grande* se acercaba cada vez más. Lo veíamos arponear los esturiones y lanzarlos a la cubierta de su embarcación a la vez que su compañero repasaba el sedal, recolocaba los anzuelos y volvía a echarlo al agua. Sin embargo, nos encontrábamos a unos quinientos metros de distancia cuando el enorme pescador nos hizo señas.

—¡Eh, vosotros! ¿Qué queréis? —gritó.

—Sigue adelante —susurró Charley—, como si no lo hubieses oído.

Los momentos siguientes fueron de preocupación. El pescador nos estudiaba atentamente mientras continuábamos acercándonos a él.

—¡Desviad el rumbo si sabéis lo que os conviene! —gritó de repente, como si ya tuviese claro quiénes y qué éramos—. ¡O me encargaré de vosotros!

Se llevó un rifle al hombro y lo dirigió hacia mí.

—¿Vais a desviar el rumbo? —preguntó.

Charley dejó escapar un gemido de desesperación y luego susurró:

—Hazle caso. Esta vez gana él.

Moví la caña, aflojé la escota y el salmonero desvió el rumbo. Alec *el Grande* nos observó hasta que se sintió cómodo con nuestra distancia y entonces continuó trabajando.

Esa noche, Carmintel le dijo a Charley con acritud:

—Será mejor que dejes en paz a Alec *el Grande*.

—Así que te ha venido con la queja —respondió Charley en tono elocuente.

Carmintel se puso colorado.

—Déjalo en paz, te lo advierto —insistió—. Es peligroso y enfadarlo no resulta rentable.

—Ya —respondió Charley sin alzar la voz—. He oído decir que es mucho más rentable dejarlo en paz.

La pulla iba dirigida a Carmintel y, por la cara que puso, surtió efecto. Todo el mundo sabía que Alec *el Grande* estaba tan dispuesto a sobornar como a pelear y que en los últimos años más de un patrullero había recibido dinero del pescador.

—¿Acaso pretendes decir…? —empezó Carmintel en tono intimidatorio, pero Charley lo interrumpió.

—No pretendo decir nada. Ya me has oído y quien se pica…

Se encogió de hombros y Carmintel lo miró con furia, incapaz de hablar.

—Lo que necesitamos es imaginación —me dijo Charley un día, tras intentar sorprender a Alec *el Grande* entre las sombras del amanecer y recibir varios disparos como pago a nuestros esfuerzos.

A partir de ese momento me estrujé el cerebro intentando imaginar alguna forma en la que dos hombres, en un espacio abierto, pudiesen capturar a otro que sabía usar el rifle y siempre tenía uno a mano. En cada marea muerta, sin ningún tipo de disimulo, con toda la cara dura y a plena luz del día se veía a Alec *el Grande* manejar su sedal. Y lo que más nos fastidiaba era que todos los pescadores, desde Benicia a Vallejo, sabían que nos desafiaba con éxito. También nos molestaba la actitud de Carmintel, que nos mantenía ocupados entre los pescadores de sábalo de San Pablo con la intención de que no nos quedase tiempo libre para dedicarle al rey de los griegos. Pero la mujer y los hijos de Charley vivían en Benicia, por lo que habíamos convertido esa población en nuestro cuartel general y siempre regresábamos allí.

—Creo que sé lo que podemos hacer —dije cuando ya habían transcurrido varias semanas infructuosas—. Podemos esperar a que Alec *el Grande*, tras recolocar el sedal, regrese a la costa con el pescado y en ese momento nos acercamos y aprehendemos el sedal. Colocar otro supondrá tiempo y dinero para él, pero también lo aprehenderemos. Si no somos capaces de capturarlo, al menos podremos desanimarlo.

Charley dijo que no era mala idea. Esperamos a que surgiera la oportunidad y en la siguiente marea muerta, después de que Alec *el Grande* hubiese recogido los peces y regresado a tierra, salimos en el salmonero. Conocíamos la ubicación del sedal gracias a determinados puntos de referencia desde la costa y sabíamos que no tendríamos dificultad en localizarlo. La marea empezaba a asentarse cuando llegamos a la zona en la que creíamos que se extendía el sedal y allí echamos el ancla pequeña de un barco de

pesca, pero con un cabo corto para que rozase el lecho marino ligeramente. De esa forma la arrastramos despacio hasta que se quedó enganchada y nuestro salmonero se detuvo.

—Lo tenemos —gritó Charley—. Ayúdame a subirlo a bordo.

Entre los dos tiramos del cabo hasta que el ancla quedó a la vista con el sedal de esturiones enganchado a una de sus uñas. Decenas de anzuelos asesinos centellearon en el momento en que retiramos el ancla; acabábamos de empezar a recorrer el sedal a lo largo hasta el extremo para poder levantarlo, cuando un golpe seco en el casco nos sobresaltó. Miramos a nuestro alrededor, pero no vimos nada y volvimos al trabajo. Un instante después sentimos un golpe similar y la borda se astilló entre el cuerpo de Charley y el mío.

—No hay duda de que ha sido una bala, muchacho —dijo en tono reflexivo—. Alec *el Grande* nos dispara desde muy lejos. Y utiliza pólvora sin humo —llegó a la conclusión después de observar la lejana costa—. Por eso no oímos la explosión.

Miré hacia la orilla, pero no vi ni rastro de Alec *el Grande*, que sin duda estaría oculto en algún escondrijo rocoso y nos tenía a su merced. Una tercera bala golpeó la superficie del agua, rebotó, pasó silbando por encima de nuestras cabezas y volvió a golpear el agua por el otro lado.

—Será mejor que nos larguemos —comentó Charley sin perder la calma—. ¿Qué opinas tú, muchacho?

Estuve de acuerdo y le dije que no nos hacía falta llevarnos el sedal. Así que lo soltamos e izamos la cebadera. Las balas cesaron de inmediato y nos alejamos de allí desagradablemente seguros de que Alec *el Grande* se estaba riendo de nuestra turbación.

Pero aún fue peor porque al día siguiente en el muelle pesquero, donde nos encontrábamos inspeccionando redes, consideró oportuno reírse y burlarse de nosotros delante de todos los pescadores. Charley se puso rojo de ira, aunque más allá de asegurarle que al final conseguiría meterlo entre rejas se controló y guardó silencio. El rey de los griegos alardeó de que ningún patrullero lo había atrapado y jamás lo atraparía, y los pescadores lo aclamaron y le dieron la razón. Empezaron a agitarse y nos pareció que íbamos a tener problemas, pero Alec *el Grande* hizo valer su corona y los calmó.

Carmintel también se rio de Charley, dejó caer comentarios sarcásticos y le hizo pasar un mal rato. Pero Charley no se enfadó, a pesar de que a mí me dijo que tenía la intención de capturar a Alec *el Grande*, aunque tardase el resto de su vida en conseguirlo.

—No sé cómo lo haré, pero lo haré, como que me llamo Charley Le Grant. Se me ocurrirá la idea adecuada en el momento oportuno, ya lo verás.

Y fue en el momento oportuno y de la forma más inesperada. Había transcurrido un mes en el que nos desplazábamos río arriba y río abajo, y de un lado al otro de la bahía, sin un momento libre que dedicarle a aquel pescador que había dispuesto un sedal chino en la ensenada del astillero Turner. Una tarde a primera hora nos acercamos a la fundición de Selby y allí, por sorpresa, surgió la oportunidad. Apareció bajo la apariencia de

un velero indefenso y lleno de personas mareadas, por lo que al principio no comprendimos lo que nos ofrecía. Se trataba de un balandro grande y no podía manejarse porque los vientos alisios soplaban con fuerza y a bordo no había marineros capacitados.

Desde el embarcadero de Selby observamos con el mayor interés la torpe maniobra de echar el ancla, seguida por la operación —realizada con la misma impericia— de enviar el esquife a la orilla. Un hombre con muy mala cara y pantalones de dril empapados tras casi ver cómo las olas se tragaban el esquife nos pasó la amarra y saltó a tierra. Se tambaleó como si el embarcadero se balanceara y nos contó sus problemas, que eran los del velero. El único marinero experimentado que iba a bordo, y del que todos dependían, había tenido que regresar a San Francisco tras recibir un telegrama y los demás intentaron continuar la travesía por su cuenta. Pero los vientos y el oleaje de la bahía de San Pablo habían resultado demasiado para ellos: todos estaban mareados, nadie sabía nada y ninguno se encontraba en condiciones de hacer algo. Por eso se habían acercado a la fundición, con la idea de o bien abandonar el barco o conseguir que alguien lo llevase hasta Benicia. Resumiendo, nos preguntó si conocíamos algún marinero que pudiese tripular el balandro hasta allí.

Charley me miró. El *Reindeer* se encontraba bien protegido y nosotros no teníamos turno de patrulla hasta la medianoche. Tal y como soplaba el viento podríamos llevar el velero a Benicia en un par de horas, pasar unas cuantas más en tierra y luego volver a la fundición en el tren nocturno.

—Lo haremos nosotros, capitán —le dijo Charley al hombre desconsolado, que esbozó una sonrisa descompuesta al oír el cargo.

—No soy más que el propietario —explicó.

Lo llevamos a bordo remando con mucho más estilo del que él había mostrado antes y vimos el estado en que se encontraban los pasajeros. Había una docena de hombres y mujeres, todos mareados en exceso para agradecer nuestra llegada. El velero cabeceaba violentamente de costado y, en cuanto su dueño pisó la cubierta, el pobre hombre se desplomó y se unió a los demás. Nadie podía echarnos una mano, así que Charley y yo desenredamos las jarcias, izamos las velas y levamos anclas.

Fue una travesía dura pero rápida. El estrecho de Carquinez era un revoltijo de espuma que atravesamos con el viento de popa mientras la enorme vela mayor alternativamente hundía y lanzaba al cielo su botavara a medida que avanzábamos. Pero a nadie le importaba. Todo les daba igual. Dos o tres de ellos, incluido el propietario, estaban despatarrados en la bañera, tiritando cuando el velero se alzaba para después hundirse vertiginosamente en el seno de cada ola y, entremedias, mirando la orilla con deseo. Los demás se apiñaban en el suelo del puente, entre cojines. De vez en cuando alguno gemía, pero en general parecían más muertos que vivos.

Al abrirse la ensenada del astillero Turner, Charley se adentró un poco en ella buscando aguas más tranquilas. Ya veíamos Benicia y volábamos sobre un mar más apaci-

ble en comparación, cuando un punto en el horizonte —un bote— surgió ante nosotros, en medio de nuestro curso. Estábamos en marea muerta. Charley y yo nos miramos. No dijimos ni una palabra, pero el velero se comportó de inmediato de una forma muy curiosa, virando y guiñando como si el más inexperto de los aficionados se ocupase del timón. Era un espectáculo para cualquier marino. En apariencia, un velero fuera de control avanzaba a toda velocidad por la ensenada, recuperando a veces el gobierno en un desesperado esfuerzo por llegar a Benicia.

El propietario olvidó su mareo el tiempo suficiente para mostrarse preocupado. El bote se hizo cada vez más grande hasta que vimos a Alec y a su socio, con una vuelta del sedal atada a la cornamusa, descansado de su trabajo para reírse de nosotros. Charley se caló el sueste[1] sobre los ojos y yo seguí su ejemplo, aunque no podía imaginar la idea que mi amigo tenía en mente y pretendía poner en práctica.

Entre la espuma, nos situamos a la altura del esquife, tan cerca que por encima del ruido del viento oíamos las voces de Alec *el Grande* y su compañero mientras nos gritaban con todo el desprecio que los navegantes profesionales sienten por los aficionados, sobre todo si estos últimos hacen el ridículo.

Pasamos bramando junto a los pescadores sin que ocurriese nada. Charley sonrió al ver la decepción que se reflejó en mi rostro y luego gritó:

—¡Prepárate junto a la escota de la mayor para ponernos en facha!

Giró el timón y el velero viró obedientemente. La escota de la mayor se aflojó y descendió, pasó a toda velocidad sobre nuestras cabezas tras la botavara y se tensó al estrellarse contra el racamento. El velero se escoró casi por completo y los pasajeros mareados gimieron al verse arrastrados sobre el suelo de la cabina, formando una masa enmarañada, para quedar apilados en un montón encima de las literas de estribor.

Pero no teníamos tiempo para ocuparnos de ellos. El velero, al completar la maniobra, tomó el viento con las velas dando gualdrapazos y se enderezó. Continuábamos avanzando y en medio de nuestro camino se encontraba el esquife. Vi a Alec *el Grande* saltar por la borda y a su colega impulsarse para agarrarse a nuestro bauprés. Entonces golpeamos el esquife, se oyó un crujido y sentimos una serie de sacudidas que redujeron nuestra marcha mientras le pasábamos por encima.

—Es lo que se merece —oí murmurar a Charley al tiempo que se inclinaba sobre la cubierta para buscar a Alec *el Grande*, que había quedado atrás.

El viento y las olas enseguida detuvieron nuestro avance y empezamos a derivar hacia el punto donde había estado el esquife. La cabeza oscura y el rostro moreno de Alec *el Grande* surgieron a nuestro alcance y, sin sospechar aunque muy enfadado por lo que consideraba la torpeza de unos marineros aficionados, se dejó arrastrar a bordo.

---

[1] Sombrero impermeable de ala estrecha y levantada por delante, aunque ancha y caída por detrás. (Todas las notas son de la traductora).

Estaba sin aliento porque había buceado hasta muy abajo y permanecido mucho tiempo sumergido para escapar de nuestra quilla.

De inmediato, para perplejidad y consternación del propietario, Charley se lanzó sobre Alec *el Grande*, que se encontraba en la bañera, y yo le ayudé a atarlo con tomadores. El dueño se movía nervioso de un lado al otro y exigía una explicación, pero para entonces el socio de Alec se había arrastrado a popa desde el bauprés y miraba con recelo hacia la bañera, agarrado a la barandilla. El brazo de Charley lo agarró por el cuello y el hombre acabó boca arriba, junto a Alec *el Grande*.

—¡Más tomadores! —gritó Charley y yo me apresuré a proporcionárselos.

Los restos del esquife se balanceaban despacio a poca distancia hacia barlovento y yo orienté las velas mientras Charley se ocupaba del timón y ponía rumbo a ellos.

—Estos dos hombres son conocidos delincuentes —explicó al enfadado propietario—, pertinaces vulneradores de las leyes sobre caza y pesca. Usted ha presenciado su detención con las manos en la masa y será citado como testigo de cargo cuando se celebre el juicio.

Mientras hablaba rodeó el esquife. El golpe lo había arrancado del sedal, aunque una parte del mismo arrastraba los restos. Subió a bordo unos doce o quince metros con un joven ejemplar de esturión aún sujeto en la maraña de anzuelos sin muerte, cortó con su navaja ese trozo de sedal y lo lanzó a la bañera, junto a los prisioneros.

—Y aquí tenemos las pruebas. Esta es la Prueba A de la fiscalía —continuó diciendo Charley—. Obsérvela con atención para que pueda identificarla en el juzgado con la hora y el lugar de la captura.

Luego, victoriosos, sin más viradas ni guiñadas, navegamos hasta Benicia con el rey de los griegos bien atado en la bañera, prisionero de la Patrulla Pesquera por primera vez en su vida.

[1902]

Asalto a los piratas de ostras

CREO QUE CHARLEY LE GRANT y yo estábamos de acuerdo en que de todos los patrulleros a cuyas órdenes servimos el mejor fue Neil Partington. No era ni deshonesto ni cobarde y aunque exigió una obediencia estricta mientras estuvimos a sus órdenes, al mismo tiempo nuestra relación con él era de fácil camaradería y nos permitía una libertad a la que no estábamos acostumbrados, como este relato demostrará.

La familia de Neil vivía en Oakland, que se encuentra en la zona baja de la bahía, a no más de seis millas por mar frente a San Francisco. Un día, mientras patrullaba entre los pescadores de gambas de Cabo Pedro, recibió el aviso de que su mujer había enfermado y en menos de una hora el *Reindeer* volaba en dirección a Oakland, empujado por un fuerte viento del noroeste. Nos internamos en el estuario de Oakland y, durante los días siguientes, mientras Neil se encontraba en tierra, nos ocupamos de ajustar el aparejo del *Reindeer*, revisar su lastre, lijarlo y dejar el balandro como nuevo.

Hecho esto, no sabíamos en qué emplear nuestro tiempo. La mujer de Neil estaba muy enferma y los médicos pronosticaban una semana en la cama, aguardando la crisis. Charley y yo recorríamos los muelles mientras pensábamos qué podíamos hacer cuando nos tropezamos con la flota ostrera, que ocupaba el embarcadero más próximo a la ciudad de Oakland. En general eran embarcaciones cuidadas y elegantes, hechas para alcanzar velocidad y soportar el mal tiempo, y nos sentamos en la riostra del muelle para observarlas.

—Supongo que han obtenido una buena pesca —comentó Charley, señalando los montones de ostras clasificadas en tres tamaños distintos que se alzaban sobre sus cubiertas.

Los vendedores ambulantes acercaban sus carritos al borde del embarcadero y gracias al regateo y trapicheo que mantenían conseguí enterarme del precio al que se vendían las ostras.

—Ese barco debe llevar a bordo un mínimo de doscientos dólares —calculé—. ¿Cuánto habrán tardado en reunir esa carga?

—Tres o cuatro días —respondió Charley—. No está mal la ganancia para dos hombres. Son veinticinco dólares diarios por cabeza.

El barco del que hablábamos, el *Ghost*, quedaba justo por debajo de nosotros. Dos hombres componían su tripulación. Uno era un tipo chaparro y ancho de hombros con unos brazos muy largos, como los de un gorila, y el otro era alto y bien proporcionado, de ojos azules y una buena mata de pelo negro y liso. Esa combinación de ojos y cabello resultaba tan llamativa y poco común que Charley y yo nos entretuvimos un rato más de lo que pensábamos.

Y menos mal que lo hicimos. Un hombre mayor y corpulento, con el porte y atavío de un comerciante de éxito, se acercó y permaneció de pie detrás de nosotros, mirando hacia abajo, a la cubierta del *Ghost*. Parecía disgustado y cuanto más miraba más se enfadaba.

—Esas ostras son mías —dijo por fin—. Sé que son mías. Anoche asaltasteis mis ostreros y me las robasteis.

Los dos hombres del *Ghost*, el alto y el bajo, miraron hacia arriba.

—Hola, Taft —dijo el bajo con una familiaridad insolente. (Debido a la longitud de sus brazos se había ganado el apodo del *Ciempiés* entre las gentes de la bahía)—. Hola, Taft —repitió en el mismo tono insolente—. ¿De qué te quejas ahora?

—Esas ostras son mías, ya os lo he dicho. Las robasteis de mis ostreros.

—Te crees muy listo, ¿no? —se burló *el Ciempiés*—. ¿Crees que puedes reconocer tus ostras con solo verlas?

—Según mi experiencia —intervino el alto—, las ostras son ostras dondequiera que las encuentres y son iguales en toda la bahía, o en todo el mundo, ya puestos. No queremos discutir con usted, señor Taft, pero preferiríamos que no insinuara que esas ostras son suyas y que nosotros somos ladrones a menos que pueda demostrarlo.

—Sé que son mías, ¡me jugaría la vida! —bufó el señor Taft.

—Demuéstrelo —lo desafió el alto, quien, según luego supimos, recibía el apodo de *el Marsopa* debido a sus impresionantes capacidades natatorias.

El señor Taft se encogió de hombros presa de la impotencia. Por muy seguro que estuviese no podría demostrar que las ostras eran suyas.

—¡Daría mil dólares por veros entre rejas! —gritó—. ¡Ofrezco cincuenta dólares por cabeza si os arrestan y condenan a todos!

Fuertes carcajadas ascendieron de los distintos barcos, pues el resto de los piratas habían estado pendientes de la conversación.

—Las ostras dan más dinero —fue el lacónico comentario del *Marsopa*.

El señor Taft se dio la vuelta, impaciente, y se alejó. Por el rabillo del ojo Charley se fijó en la dirección que seguía. Unos minutos después, cuando el hombre hubo desa-

parecido al tomar una esquina, Charley se puso en pie lentamente. Hice lo mismo y ambos nos fuimos paseando en la dirección opuesta a la del señor Taft.

—¡Vamos, date prisa! —susurró Charley en cuanto la flota ostrera dejó de vernos.

Enseguida cambiamos de rumbo y empezamos a doblar esquinas y a correr por calles secundarias hasta que la generosa figura del señor Taft emergió por delante de nosotros.

—Voy a preguntarle por la recompensa —me explicó Charley mientras nos acercábamos al dueño de los criaderos de ostras—. Neil tiene que quedarse aquí una semana y a ti y a mí no nos vendría mal entretenernos en algo. ¿Qué te parece?

—Por supuesto —respondió el señor Taft cuando Charley se presentó y le contó sus planes—. Esos ladrones me roban miles de dólares al año y estaré encantado de librarme de ellos a cualquier precio. Sí, señor, a cualquier precio. Como he dicho, pagaré cincuenta dólares por cabeza y no me parecerá caro. Han robado mis criaderos, arrancado mis letreros, aterrorizado a mis vigilantes y el año pasado mataron a uno de ellos. No pude demostrarlo. Todo lo hacen amparados en la negrura de la noche. Me quedé con un vigilante muerto, sin pruebas. Los detectives no lograron nada. Nadie ha conseguido ajustarles las cuentas a esos hombres. Nunca hemos sido capaces de arrestar ni a uno solo de ellos. Por eso, señor… ¿cómo ha dicho que se llama?

—Le Grant —respondió Charley.

—Por eso, señor Le Grant, le agradezco enormemente la ayuda que me ofrece. Y estaré encantado, mucho, señor, de cooperar con usted en lo que necesite. Mis vigilantes y mis barcos quedan a su disposición. Venga a verme a mis oficinas de San Francisco cuando quiera, o telefonéeme a cobro revertido. Y no tema a la hora de gastar dinero. Me haré cargo de sus gastos, sean cuales sean, siempre que no excedan lo razonable. La situación empieza a resultar desesperada y hemos de hacer algo para aclarar a quién pertenecen esos criaderos de ostras, a mí o a esa banda de rufianes.

—Ahora vamos a ver a Neil —dijo Charley tras acompañar al señor Taft hasta el tren que lo llevaría a San Francisco.

Neil Partington no solo no se opuso a nuestra aventura, sino que demostró ser de gran ayuda. Charley y yo no sabíamos nada sobre la industria ostrera, mientras que su cabeza era una enciclopedia de hechos relacionados con la misma. Además, en el plazo de una hora nos presentó a un joven griego de diecisiete o dieciocho años que conocía a la perfección los entresijos de la piratería relativa a las ostras.

Llegados a este punto será mejor que explique que los miembros de la Patrulla Pesquera éramos, en cierto modo, como colaboradores externos. Mientras que Neil Partington —que era un auténtico patrullero— recibía un sueldo con regularidad, Charley y yo, simples ayudantes, recibíamos solo lo que ganábamos, es decir, cierto porcentaje de las multas impuestas a los condenados por infringir las leyes de pesca. Además, podíamos quedarnos con cualquier recompensa que llegase a nuestras manos. Ofrecimos

compartir con Partington la cifra que nos diese el señor Taft, pero el patrullero no quiso ni oír hablar del asunto. Dijo que se alegraba de poder ayudarnos en algo, ya que nosotros lo habíamos ayudado muchas veces a él.

Celebramos una larga reunión de emergencia y proyectamos las acciones a seguir. Nuestros rostros no eran conocidos en la zona baja de la bahía, pero todo el mundo sabía que el *Reindeer* era uno de los balandros de la Patrulla Pesquera, así que el muchacho griego, que se llamaba Nicholas, y yo tendríamos que acercarnos a la isla de los Espárragos a bordo de una embarcación de aspecto inocente para reunirnos con la flota de los piratas de ostras. Allí, según la descripción que Nicholas había hecho de los criaderos y la forma de asaltarlos, nos resultaría posible pescar a los piratas en el momento justo de robar las ostras y al mismo tiempo dominarlos. Charley estaría en tierra con los vigilantes del señor Taft y una cuadrilla de policías que nos ayudarían en el momento oportuno.

—Tengo la embarcación perfecta —dijo Neil al final de la reunión—. Es un viejo balandro, muy parcheado, que está varado en Tiburón. Nicholas y tú podéis acercaros en el ferry, alquilarlo por muy poco y navegar desde allí a los caladeros.

—Que la suerte os acompañe, muchachos —nos dijo al despedirnos dos días después—. No olvidéis que esos hombres son peligrosos, así que id con cuidado.

Nicholas y yo conseguimos alquilar el balandro a un precio estupendo y entre risas, mientras desplegábamos las velas, admitimos que era aún más viejo y estaba más parcheado de lo que nos habían dicho. Se trataba de una embarcación grande, de fondo plano y popa cuadrada, con el mástil agrietado, las jarcias sin tensar, las velas en estado ruinoso y los aparejos carcomidos, difícil de manejar e insegura al virar, y olía espantosamente a alquitrán, curioso material con el que había sido embadurnada de proa a popa y desde el techo de la cabina a la orza de la quilla. Como colofón, a cada lado y en enormes letras blancas llevaba escrito su nombre, *Coal Tar Maggie*[2].

La travesía desde Tiburón a la isla de los Espárragos —adonde llegamos a primera hora de la tarde del día siguiente— transcurrió sin incidentes y entre risas. Los piratas de ostras, que componían una flota de una docena de balandros, permanecían fondeados en lo que se conoce como los «criaderos desiertos». El *Coal Tar Maggie* se adentró en el grupo chapoteando, con una leve brisa de popa, y todos salieron a cubierta para vernos. Nicholas y yo nos habíamos dejado contagiar por el espíritu de nuestra embarcación y la manejábamos con muy poca maña.

—¿Quiénes sois? —preguntó alguien.

—¡Responded o habrá lío! —gritó otro.

—¡Caramba, pero si es tan viejo que parece el arca de Noé! —se burló *el Ciempiés* desde la cubierta del *Ghost*.

---

[2] «Maggie Alquitrán».

—¡Eh! ¡Ah del barco, clíper! —exclamó otro guasón—. ¿A dónde te diriges?

No hicimos caso de las bromas y actuamos al estilo novato como si el *Coal Tar Maggie* exigiera toda nuestra atención. Lo situé a barlovento del *Ghost* y Nicholas corrió a proa para soltar el ancla. En todos los aspectos resultó una chapuza porque la cadena se enredó y el ancla no llegó al fondo. Y en apariencia Nicholas y yo nos dejamos llevar por el nerviosismo mientras nos esforzábamos por solucionar el problema. En cualquier caso engañamos a los piratas, que disfrutaban al vernos en apuros.

Pero la cadena permaneció enmarañada y, en medio de toda clase de consejos burlones, avanzamos a la deriva y nos enredamos con el *Ghost,* cuyo bauprés se clavó por completo en nuestra vela mayor y le hizo un agujero tan grande como la boca de un túnel. *El Ciempiés* y *el Marsopa* se troncharon de risa en su cabina y dejaron que nos las arreglásemos como pudiéramos. Al final, tras una ejecución muy poco marinera, conseguimos liberarnos y desenredar la cadena del ancla, de la que dejamos suelta alrededor de cien metros, lo que permitiría al *Coal Tar Maggie* moverse en un círculo de unos doscientos metros de diámetro, en el que podríamos bloquear como mínimo a la mitad de la flota.

El tiempo era bueno y los piratas de ostras permanecían muy juntos, con estachas cortas, por lo que protestaron ante nuestra ignorancia al soltar semejante cantidad de cadena. No solo protestaron sino que nos obligaron a recogerla y dejar únicamente diez metros.

Tras haberlos convencido de nuestra impericia, Nicholas y yo bajamos para felicitarnos por el resultado y preparar la cena. Nada más terminar de comer y recoger los platos, un esquife se detuvo al costado del *Coal Tar Maggie* y alguien recorrió la cubierta a grandes zancadas. Enseguida apareció en la escalera de cámara el rostro cruel de *el Ciempiés*, que bajó a la cabina seguido del *Marsopa*. Antes de que les diese tiempo a sentarse en una de las literas, otro esquife se detuvo al costado, y luego otro y otro, hasta que toda la flota estuvo representada en el interior de la cabina.

—¿Dónde afanasteis este viejo cascarón? —preguntó un hombre achaparrado y peludo, de ojos crueles y rasgos mexicanos.

—No lo afanamos —respondió Nicholas, enfrentándose a ellos en su propio terreno y alimentando la idea de que habíamos robado el *Coal Tar Maggie*—. Y si lo afanamos, ¿qué pasa?

—Nada, es que no comparto vuestro gusto —se rio el de rasgos mexicanos—. Prefiero pudrirme en la playa a subirme en un cascarón que no puede ni moverse.

—¿Y cómo íbamos a saberlo sin haberlo probado antes? —preguntó Nicholas con tanta inocencia que los hizo reír—. ¿Y cómo conseguís las ostras? —siguió preguntando—. Queremos una carga de ellas, por eso hemos venido, para reunir una carga de ostras.

—¿Para qué las queréis? —quiso saber *el Marsopa*.

—Pues para regalárselas a nuestros amigos, claro —replicó Nicholas—. Supongo que para eso las queréis vosotros también.

Eso los hizo reír de nuevo y a medida que nuestros visitantes se volvían más amables nos dimos cuenta de que no tenían ni la más mínima sospecha de nuestra identidad o propósito.

—¿No te vi el otro día en el muelle de Oakland? —me preguntó *el Ciempiés* de repente.

—Sí —respondí con audacia, tomando el toro por los cuernos—. Os miraba para decidir si valía la pena salir a buscar ostras o no. Calculé que no está mal el negocio y por eso nos hemos animado. Bueno —me apresuré a añadir—, si a vosotros no os parece mal.

—Os diré una cosa, que no son dos —me contestó—, y es que vais a tener que fastidiaros y conseguir un barco mejor. No permitiremos que semejante cascarón nos deshonre. ¿Entendido?

—Claro —dije—. En cuanto vendamos algunas ostras nos equiparemos como es debido.

—Si demostráis ser tipos legales y de fiar —continuó—, podréis venir con nosotros. Pero si no —su voz se volvió dura y amenazante—, este será el peor día de vuestras vidas. ¿Entendido?

—Sí —respondí.

Después de eso —y de más advertencias y consejos por el estilo— la conversación se generalizó y nos enteramos de que pensaban asaltar los ostreros esa misma noche. Tras una hora de visita y mientras regresaban a sus embarcaciones nos invitaron a acompañarlos en el asalto, asegurándonos que «cuantos más, mayor diversión».

—¿Te fijaste en ese tipo bajito de aspecto mexicano? —me preguntó Nicholas cuando volvieron a dejarnos solos—. Es Barchi, de la Banda de los Apostadores, y el que vino con él es Skilling. Los dos han salido bajo fianza de cinco mil dólares.

Había oído hablar antes de la Banda de los Apostadores, una pandilla de matones y criminales que aterrorizaban los barrios bajos de Oakland, dos tercios de cuyos miembros solían encontrarse en las cárceles del Estado por delitos que iban desde perjurio y manipulación de urnas al asesinato.

—No son piratas de ostras habituales —continuó diciendo Nicholas—. Solo han venido para divertirse y sacarse unos dólares. Pero debemos tener mucho cuidado con ellos.

Nos sentamos en la cabina para comentar los detalles de nuestro plan hasta después de las once, cuando oímos el ruido de un remo procedente de donde se encontraba el *Ghost*. Bajamos nuestro esquife, lanzamos varios sacos a su interior y remamos en su dirección. Allí se reunían todos los esquifes porque tenían la intención de asaltar los criaderos en grupo.

Para mi sorpresa, descubrí que solo había unos treinta centímetros de profundidad, cuando al echar el ancla habíamos tenido alrededor de tres metros. Eran las grandes

mareas vivas de junio provocadas por la luna llena y, como al reflujo aún le quedaba hora y media de vida, supe que nuestro punto de fondeo quedaría en seco antes de que llegase la marea muerta.

Los criaderos del señor Taft se encontraban a tres millas de distancia y durante mucho tiempo remamos en silencio siguiendo a los otros botes, encallando de vez en cuando y constantemente tocando fondo con las palas de los remos. Por fin llegamos a una zona de barro blando cubierta por no más de cinco centímetros de agua, que no bastaban para que flotaran los botes. Pero los piratas enseguida saltaron por la borda y continuamos avanzando, empujando y tirando de los esquifes de fondo plano.

Las nubes altas oscurecían en parte la luna llena pero los piratas siguieron adelante con la familiaridad que aporta la práctica. Tras media milla sobre el barro llegamos a un canal más profundo, que recorrimos a remo, emergiendo a cada lado grandes bancos de ostras muertas y secas. Por fin alcanzamos los criaderos. En uno de ellos había dos hombres que nos dieron el alto y nos dijeron que nos fuéramos. Pero *el Ciempiés*, *el Marsopa*, Barchi y Skilling se pusieron en cabeza y, seguidos por los demás —que sumábamos un mínimo de treinta hombres en la mitad de botes—, remaron hasta donde estaban los vigilantes.

—Será mejor que os larguéis —dijo Barchi en tono amenazador—, si no os meteremos tantos agujeros en el cuerpo que no flotareis ni en un mar de melaza.

Los vigilantes se retiraron sensatamente ante semejante cantidad de piratas y se alejaron por el canal en su bote en dirección a la orilla. Además, que se fueran formaba parte del plan.

Arrastramos las proas de los botes sobre la orilla del enorme criadero que daba a la costa, cogimos los sacos y nos desplegamos para dar comienzo a la recogida. De vez en cuando las nubes se despejaban y la luna nos permitía ver con claridad las enormes ostras. En muy poco tiempo llenamos los sacos y los llevamos a los botes, donde cogimos más. Nicholas y yo regresamos a menudo y con impaciencia al esquife con nuestras pequeñas cargas, pero siempre nos cruzábamos con alguno de los piratas que iba o venía.

—No importa —me dijo—. No te preocupes. Cuanto más se alejen para recoger, más tardarán en regresar a los botes. Entonces apilarán los sacos en un punto y los recogerán cuando la marea suba y les permita llegar a ellos con los esquifes.

Había transcurrido media hora y la marea llevaba un rato subiendo cuando ocurrió los siguiente: dejamos a los piratas trabajando y nos escabullimos hacia los botes. Uno a uno y sin hacer ruido los empujamos al agua y los atamos entre sí para formar una curiosa flotilla. Justo cuando empujábamos el último, que era el nuestro, se acercó uno de los hombres. Se trataba de Barchi. Enseguida comprendió la situación y se lanzó sobre nosotros, pero nos escapamos con un último y fuerte empujón y él se quedó intentando no hundirse en el agua, donde ya no hacía pie. En cuanto consiguió volver al criadero dio la voz de alarma.

Remamos con todas nuestras fuerzas, pero al tener que remolcar tantos esquifes avanzábamos despacio. Se oyó un disparo procedente del criadero, luego otro y un tercero; después el tiroteo se volvió permanente. Una lluvia de balas caía a nuestro alrededor, pero las nubes habían tapado la luna y en medio de la oscuridad solo podían disparar al azar. Si daban en el blanco sería por pura casualidad.

—Ojalá tuviésemos una pequeña lancha a vapor —dije jadeando.

—Yo me conformo con que la luna se mantenga oculta —me respondió Nicholas.

Avanzábamos despacio, pero cada golpe de remo nos alejaba del criadero y nos acercaba más a la orilla, hasta que por fin dejaron de oírse los disparos y cuando la luna volvió a salir ya nos encontrábamos lo bastante lejos como para no correr peligro. Al poco respondimos a una llamada desde la costa y dos barcas, cada una impulsada por tres pares de remos, salieron disparadas hacia nosotros. Charley nos recibió con una sonrisa mientras nos agarraba de las manos y nos decía:

—¡Cómo me alegro de veros! ¡A los dos!

Tras llevar a tierra la flotilla, Nicholas, uno de los vigilantes y yo nos subimos a una de las barcas grandes, con Charley a las escotas de popa. Otras dos barcas nos seguían y, como ahora la luna brillaba resplandeciente, vimos con claridad a los piratas de ostras sobre el solitario criadero. Al acercarnos empezaron a disparar de nuevo y nos retiramos a una distancia prudencial.

—Hay tiempo de sobra —dijo Charley—. La marea sube con rapidez y para cuando el agua les llegue al cuello ya no tendrán ganas de resistirse.

Así que guardamos los remos y esperamos a que la marea cumpliese con su parte. Esta era la situación en la que se encontraban los piratas: debido a las mareas vivas, ahora el nivel del agua subía con la fuerza suficiente para mover un molino, por lo que ni el nadador más fuerte del mundo podría ser capaz de nadar a contracorriente durante las tres millas que los separaban de los balandros. Entre los piratas y la costa nos hallábamos nosotros, impidiendo que huyeran en esa dirección. Por otro lado, el agua cubría los criaderos con rapidez y era cuestión de pocas horas que dejaran de hacer pie.

La noche era tranquila y la luz de la luna nos permitía vigilarlos con los prismáticos mientras le contábamos a Charley la travesía en el *Coal Tar Maggie*. Dieron la una y las dos y los piratas se iban apiñando en el punto más alto del criadero, con el agua hasta la cintura.

—Esto ilustra perfectamente lo mucho que vale la imaginación —estaba diciendo Charley—. Taft lleva años tratando de detenerlos, pero lo intentó por la fuerza y fracasó. Nosotros hemos usado la cabeza y…

En ese momento oí que el agua borboteaba de forma casi imperceptible, levanté la mano para pedir silencio, me giré y señalé una onda que se iba ampliando lentamente en un círculo cada vez mayor. No estaba a más de quince metros de nosotros. Permanecimos en silencio y aguardamos. Al cabo de un momento el agua se abrió a dos metros

de distancia y la luz de la luna iluminó una cabeza morena y un hombro blanco. Con un resoplido de sorpresa la cabeza y el hombro volvieron a sumergirse.

Nos adelantamos con varios golpes de remo y luego nos dejamos llevar por la corriente. Cuatro pares de ojos registraron la superficie del agua, pero no vieron ni una sola onda más y la cabeza morena y el hombro blanco no volvieron a emerger.

—Es *el Marsopa* —dijo Nicholas—. Para atraparlo necesitaríamos la luz del día.

A las tres menos cuarto los piratas mostraron las primeras señales de debilidad. Oímos gritos que pedían ayuda con la inconfundible voz de *el Ciempiés* y esa vez, al acercarnos, nadie disparó. *El Ciempiés* corría grave peligro. Solo las cabezas y hombros de sus compañeros asomaban por encima del agua, mientras se abrazaban los unos a los otros para resistir la corriente, pero *el Ciempiés* ya no hacía pie y lo sujetaban entre todos.

—Muchachos —dijo Charley enérgicamente—, os hemos pillado y no podéis escapar. Si nos ponéis las cosas difíciles os dejaremos aquí y la marea se ocupará de vosotros. Pero si os portáis bien, os subiremos a bordo uno a uno y os salvaréis. ¿Qué decís?

—Sí —dijeron a coro con voz ronca y castañeteo de dientes.

—Pues entonces, de uno en uno y empezaremos por los más bajos.

El Ciempiés fue el primero en subir a bordo y lo hizo de buena gana, aunque se quejó cuando el policía le puso las esposas. El siguiente fue Barchi, bastante manso y resignado. Cuando tuvimos a diez de ellos en cubierta, retrocedimos y la segunda barca empezó a cargar hombres. La tercera solo recibió nueve prisioneros. En total habíamos atrapado a veintinueve.

—No habéis cogido al *Marsopa* —dijo *el Ciempiés*, exultante, como si su huida redujera el valor de nuestro éxito.

Charley se rio.

—Pero lo vimos resoplando como un cerdo en dirección a la costa.

La banda de piratas que hicimos ascender por la playa hasta el almacén de ostras estaba compuesta de hombres tranquilos que no paraban de tiritar. En respuesta a la llamada de Charley, se abrió la puerta y una agradable oleada de aire cálido nos envolvió.

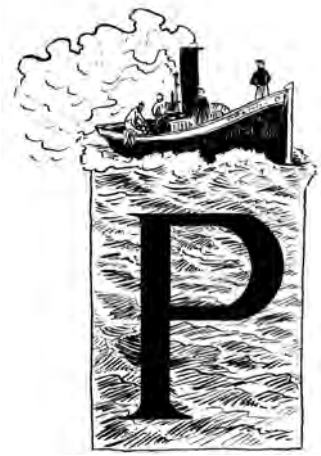
—Aquí podéis secar vuestras ropas, muchachos, y tomar una taza de café caliente —anunció Charley mientras iban entrando.

Y allí, junto a la chimenea, con gesto apesadumbrado y triste y una taza humeante en la mano, se sentaba *el Marsopa*. Nicholas y yo miramos a Charley al unísono y él se rio con malicia.

—Es cuestión de usar la imaginación —nos dijo—. Cuando ves una cosa, tienes que ver también lo que la rodea porque si no no servirá de nada verla. Yo vi la playa y dejé un par de policías en ella para que la vigilaran. Eso es todo.

[1902]

El asedio del *Lancashire Queen*



POSIBLEMENTE NUESTRA EXPERIENCIA más exasperante con la Patrulla Pesquera haya sido cuando Charley Le Grant y yo asediamos durante dos semanas un gran navío inglés de cuatro palos. Antes de poner punto final al asunto, se convirtió en un problema matemático considerable y solo por pura casualidad dimos con el instrumento que lo llevó a buen fin.

Tras nuestro asalto a los piratas de ostras habíamos regresado a Oakland, donde transcurrieron dos semanas más antes de que la mujer de Neil Partington saliera de peligro y empezara a recuperarse. Así que, en total, pusimos el *Reindeer* rumbo a Benicia tras una ausencia de un mes. Cuando el gato no está, los ratones hacen fiesta, y en esas cuatro semanas los pescadores se habían vuelto muy atrevidos en su forma de violar la ley. Al pasar Cabo Pedro advertimos muchas señales de actividad entre los pescadores de gambas y, muy adentrados en la bahía de San Pablo, observamos una flota ampliamente dispersa de pesqueros de la zona alta de la bahía que se apresuraba a recoger las redes y hacerse a la vela.

Eso nos pareció bastante sospechoso como para investigarlo y el primer y único barco que conseguimos abordar llevaba una red ilegal. La ley no permite que la malla para pescar sábalos mida menos de diecinueve centímetros entre nudos y la de aquella red medía solo siete y medio. Se trataba de una violación flagrante de la ley, por lo que arrestamos de inmediato a los dos pescadores. Neil Partington se llevó a uno con él para que lo ayudase a manejar el *Reindeer* mientras que Charley y yo nos quedamos con el otro a bordo del barco capturado.

Pero la flota de pescadores de sábalos había puesto rumbo a la costa de Petaluma a toda velocidad y durante el resto de la travesía por la bahía de San Pablo no vimos ni

un solo pesquero más. Nuestro prisionero, un griego bronceado y barbudo, iba sentado en su red con gesto hosco mientras guiábamos su embarcación. Se trataba de un barco salmonero del río Columbia, totalmente nuevo, que sin duda se encontraba en su primera travesía y que respondía magníficamente. Ni siquiera cuando Charley lo alabó se avino el prisionero a hablar o a hacernos caso, por eso enseguida lo catalogamos como un tipo de lo menos sociable.

Recorrimos el estrecho de Carquinez y nos adentramos en la ensenada del astillero Turner en busca de un mar en calma. Allí se encontraban varios veleros de acero ingleses a la espera de cargar la cosecha de trigo; y allí, inesperadamente y en el lugar preciso donde habíamos capturado a Alec *el Grand*e, nos tropezamos con dos italianos en un esquife cargado con un sedal chino para pescar esturiones. La sorpresa fue mutua y antes siquiera de darnos cuenta nos encontramos encima de ellos. Charley tuvo el tiempo justo de orzar y pegarse a ellos. Yo corrí a proa y les lancé un cabo con la orden de hacerlo firme. Uno de los italianos le dio una vuelta alrededor de la cornamusa mientras yo me apresuraba a bajar nuestra enorme cebadera. Una vez hecho eso el salmonero retrocedió y empezó a arrastrar al esquife.

Charley vino a proa para abordar la presa, pero cuando procedí a ponernos a su costado utilizando el cabo, los italianos lo soltaron. De inmediato empezamos a derivar a sotavento mientras ellos sacaban dos pares de remos y desplazaban su ligera embarcación para tomar el viento. Esa maniobra nos desconcertó un instante, porque con nuestro barco grande y muy cargado no podíamos pretender atraparlos con los remos. Pero nuestro prisionero acudió inesperadamente en nuestra ayuda. Sus ojos negros brillaron con ansiedad y su rostro se sonrojó de emoción mientras soltaba la orza de la quilla, daba un salto hacia delante e izaba la vela.

—Siempre he oído decir que los griegos odian a los italianos —se rio Charley mientras corría a la caña del timón.

Nunca he visto un hombre tan ansioso por capturar a otro como nuestro prisionero durante la persecución que tuvo lugar entonces. Tenía los ojos muy abiertos, la mirada concentrada y los orificios nasales le temblaban y se dilataban de una forma extraordinaria. Charley manejaba el timón mientras él se ocupaba de las velas y, aunque Charley era rápido y espabilado como un gato, el griego controlaba su impaciencia a duras penas.

Los italianos no podían acercarse a la orilla, cuyo punto más próximo quedaba a una milla o más de distancia. En caso de que lo intentasen tendríamos la oportunidad de perseguirlos con el viento de través y adelantarlos antes de que hubiesen recorrido una octava parte de esa distancia. Pero eran demasiado listos para intentarlo, por lo que se contentaron con remar sin descanso hacia barlovento siguiendo el costado de estribor de un buque enorme, el *Lancashire Queen*. Sin embargo, pasado el barco se extendía un trecho abierto de más de dos millas hasta alcanzar la costa. Tampoco intentaron reco-

rrerlo porque los atraparíamos antes de que pudiesen abarcarlo. De manera que cuando llegaron a la proa del *Lancashire Queen*, no les quedó más remedio que rodearla y remar por su costado de babor en dirección a la popa, lo que implicaba remar hacia sotavento y darnos ventaja.

Los del salmonero cambiamos de bordada y cruzamos por delante de la proa del buque. Luego Charley forzó la caña y empezó a seguir el costado de babor mientras el griego largaba el trapo y sonreía encantado. Los italianos ya se encontraban en la mitad del costado del barco, pero el viento de popa nos aproximaba a ellos a más velocidad de la que podían alcanzar remando. Cada vez estábamos más cerca y yo, en la proa, me estiraba ya para agarrar el esquife cuando se escabulló por debajo de la enorme popa del *Lancashire Queen*.

La persecución volvía al punto de partida. Los italianos remaron siguiendo el costado de estribor y nosotros nos vimos impedidos por el viento mientras poco a poco nos apartábamos del barco hacia barlovento. Luego rodearon la proa y empezaron a recorrer el costado de babor, mientras nosotros cambiábamos de bordada, cruzábamos por delante de la proa y los perseguíamos con el viento a popa. Otra vez, en el momento en que estaba a punto de agarrar el esquife, se escabulló bajo la popa y se puso a salvo.

Para entonces la tripulación del buque se había percatado de lo que ocurría y sus cabezas asomaban por la borda en una larga hilera que nos observaba. Cada vez que el esquife nos esquivaba en la popa gritaban de entusiasmo y salían pitando hacia el otro costado del *Lancashire Queen* para presenciar la persecución hacia barlovento. Nos colmaron, tanto a nosotros como a los italianos, de bromas y consejos e hicieron enfadar a nuestro griego hasta el punto de que, al menos en una ocasión por cada vuelta, levantaba el puño y los amenazaba hecho una furia. Llegó un momento en que ya lo esperaban y cada uno de sus gestos era recibido con un regocijo de lo más escandaloso.

—¡Vaya circo! —gritó uno.

—¡Esto sí que es un espectáculo! ¡El mejor que he visto nunca! —afirmó otro.

—¡Una carrera de verdad! —anunció un tercero—. ¿Quién apuesta a que no ganan los italianos?

En la siguiente trayectoria hacia barlovento el griego se ofreció a cambiarle el puesto a Charley.

—Déjame gobernar el barco —le dijo—. Acabaré con ellos, te aseguro que los cogeré.

Eso supuso todo un golpe al orgullo profesional de Charley, porque estaba muy orgulloso de su capacidad como marino, pero le entregó la caña del timón al prisionero y lo sustituyó con las velas. Tres veces volvimos a recorrer el circuito y el griego descubrió que no lograba sacarle más velocidad al salmonero de la que ya había conseguido Charley.

—Será mejor que lo dejéis —nos aconsejó uno de los marineros desde arriba.

El griego le dedicó una mirada feroz y lo amenazó con el puño como solía hacer. Mientras tanto, yo no había dejado de pensar y al final desarrollé una idea que se me había ocurrido.

—Sigue adelante, Charley, una vez más —dije.

Al cambiar de bordada hacia barlovento, até un cabo a un pequeño rezón que había visto en uno de los imbornales. El otro extremo lo hice firme en el cáncamo de proa y, tras esconder el rezón, aguardé la siguiente oportunidad de utilizarlo. Una vez más avanzaron hacia sotavento por el costado a babor del *Lancashire Queen* y otra vez corrimos tras ellos con el viento a popa. Cada vez nos acercábamos más y yo intenté agarrarlos como en ocasiones anteriores. La popa del esquife no estaba ni a dos metros de distancia y los italianos se rieron de mí con sorna cuando se escabulleron bajo la popa del buque. En ese instante me puse en pie de repente y les lancé el rezón. Se quedó bien clavado en la barandilla del esquife, que se vio arrastrado hacia atrás y otra vez en peligro cuando el cabo se tensó y el salmonero avanzó con dificultad.

Los marineros de arriba dejaron escapar un gemido que enseguida se convirtió en ovación cuando uno de los italianos sacó un cuchillo largo y cortó el cabo. Pero ya no estaban a salvo y Charley, desde su posición entre las velas de popa, se estiró por encima de la borda y agarró la popa del esquife. Todo ocurrió en un segundo, porque el primer italiano estaba cortando el cabo y Charley agarraba el esquife cuando el segundo italiano le asestó un golpe en la cabeza con un remo. Charley soltó la presa y cayó sin sentido al suelo del salmonero, mientras los italianos volvían a coger los remos y escapaban bajo la popa del buque.

El griego se ocupó de la caña y de las velas a la vez y continuamos con la persecución alrededor del *Lancashire Queen*, mientras yo atendía a Charley, en cuya cabeza crecía rápidamente un chichón muy feo. Los marineros del público estaban encantados y todos animaban a los italianos. Charley se sentó, se llevó una mano a la cabeza y miró a su alrededor como atontado.

—Ahora sí que no podemos dejar que escapen —dijo mientras desenfundaba el revólver.

En la siguiente vuelta amenazó a los italianos con el arma, pero ellos continuaron remando a un ritmo magnífico y sin hacerle caso.

—Si no os detenéis, disparo —dijo Charley en tono amenazador.

Pero no surtió efecto. Tampoco se asustaron como para rendirse cuando efectuó varios disparos que pasaron peligrosamente cerca de ellos. Era mucho esperar que disparase contra unos hombres desarmados y ellos lo sabían tan bien como nosotros, por lo que continuaron dando vueltas sin descanso alrededor del buque.

—¡Pues entonces los agotaremos! —exclamó Charley—. ¡Esperaremos a que caigan agotados por el esfuerzo!

Así continuó la persecución. Dimos veinte vueltas más tras ellos alrededor del *Lancashire Queen* y por fin pudimos ver que sus músculos de acero empezaban a ceder.

Estaban casi agotados y solo era cuestión de aguardar unas pocas vueltas más cuando entró en juego otro elemento. En el trayecto hacia barlovento siempre aumentaban la ventaja sobre nosotros, de manera que para cuando rodeábamos la proa ellos ya se encontraban a medio camino del trayecto hacia sotavento. Pero esa última vez, al rodear la proa los vimos escapar subiendo por la escalerilla del buque, que alguien había soltado de repente. Se trataba de una jugada organizada por los marineros, evidentemente respaldada por el capitán, porque cuando llegamos al lugar donde había estado la escalerilla, ya la estaban subiendo y el esquife, colgado en los pescantes del buque, también se hallaba en el aire, fuera de nuestro alcance.

La conversación que mantuvimos con el capitán fue breve y arisca. Nos prohibió terminantemente subir a bordo del *Lancashire Queen* y con la misma rotundidad se negó a entregarnos a los dos hombres. Para entonces Charley estaba tan enfadado como el griego. No solo había fracasado en una persecución larga y ridícula, sino que esos mismos hombres que se le escaparon lo habían dejado inconsciente en la cubierta de su barco.

—¡Colgadme de los pulgares si esos dos se libran de mí! —exclamó con énfasis mientras se golpeaba la palma de una mano con el puño de la otra—. Me quedaré aquí para atraparlos, aunque me cueste lo que me queda de vida y, si no los pillo, os prometo que volveré en espíritu o como sea hasta que los pesque, como que me llamo Charley Le Grant.

Entonces dio comienzo el asedio del *Lancashire Queen*, asedio memorable tanto en los anales de los pescadores como en los de la Patrulla Pesquera. Cuando el *Reindeer* regresó tras perseguir en vano a la flota que andaba al sábalo, Charley le pidió a Neil Partington que nos enviase su propio barco salmonero equipado con mantas, provisiones y una cocina portátil de carbón. El cambio de barcos se realizó al atardecer y nos despedimos de nuestro griego, quien a la fuerza debía dirigirse a Benicia para ser encarcelado por haber violado la ley. Después de cenar Charley y yo nos turnamos para realizar guardias de cuatro horas hasta el amanecer. Los pescadores no intentaron escapar esa noche, aunque desde el buque enviaron un bote para reconocer el terreno y ver si había moros en la costa.

Al día siguiente vimos que procedía un asedio ininterrumpido y perfeccionamos nuestros planes con la intención de sentirnos más cómodos. En ese sentido nos vino muy bien un muelle que recibe el nombre de embarcadero Solano y que parte de la orilla de Benicia. Resultó que el *Lancashire Queen*, la orilla del astillero Turner y el embarcadero Solano formaban las esquinas de un enorme triángulo equilátero. Desde el buque a la orilla, el lado del triángulo por el que debían escapar los italianos constituía una distancia igual a la existente desde el embarcadero Solano a la orilla, el lado del triángulo que debíamos seguir nosotros para llegar a la ribera antes que los italianos. Pero como navegando a vela éramos mucho más rápidos que ellos a remo podíamos permitir que recorriesen la mitad de su lado del triángulo antes de lanzarnos a recorrer el nuestro. Si

les permitíamos cubrir más de la mitad, sin duda llegarían a la orilla antes que nosotros, mientras que si zarpábamos antes de que llegasen a la mitad, también llegarían antes que nosotros de vuelta al buque.

Descubrimos que una línea imaginaria, trazada desde el extremo del embarcadero hasta un molino de viento que se encontraba más alejado en la orilla, cortaba exactamente en dos la línea del triángulo que los italianos debían seguir en su huida hacia tierra. Esa línea nos facilitaba decidir hasta donde podíamos dejar que escapasen antes de salir en su persecución. Día tras día los observábamos a través de los prismáticos mientras remaban con tranquilidad hacia el punto medio y, cuando se acercaban para situarse en línea con el molino, saltábamos a bordo y desplegábamos las velas. Al ver nuestros preparativos, se daban la vuelta y remaban despacio hacia el *Lancashire Queen*, seguros de que no podríamos atraparlos.

Para protegernos de los períodos de calma —cuando nuestro salmonero sería inútil—, también teníamos preparado un esquife ligero equipado con remos. Pero en esas ocasiones, cuando el viento nos fallaba, nos veíamos obligados a salir remando del embarcadero en cuanto ellos se alejaban del buque. Por la noche teníamos que patrullar en las inmediaciones del barco, lo que hacíamos turnándonos Charley y yo en guardias de cuatro horas. Sin embargo, los italianos preferían intentar escapar durante el día, por lo que nuestras largas vigilias nocturnas no surtían efecto.

—Lo que me fastidia —decía Charley— es que no podamos disfrutar de una buena cama mientras esos sinvergüenzas duermen a pierna suelta todas las noches. Aunque no les servirá de nada —amenazaba—, porque los mantendré a bordo de ese buque hasta que el capitán les cobre el alojamiento y la comida, ¡tan seguro como que un esturión no es un siluro!

El problema al que nos enfrentábamos resultaba atormentador. Mientras vigilásemos no podrían escapar, pero mientras tuviesen cuidado no seríamos capaces de atraparlos. Aunque Charley se devanaba los sesos sin descanso, su imaginación no acudió en su ayuda. Aparentemente el problema no tenía más solución que la de ser pacientes. Era cuestión de esperar y quien esperase más tiempo ganaría. Para más inri, los amigos de los italianos crearon un código de señales a fin de comunicarse con ellos desde la orilla, de manera que no osábamos relajar nuestro asedio ni un solo instante. Además, siempre había uno o dos pescadores de aspecto sospechoso en el embarcadero Solano, pendientes de lo que hacíamos. Teníamos que conformarnos con «sonreír y aguantar», como decía Charley, mientras dedicábamos todo nuestro tiempo a aquello y no podíamos realizar ningún otro trabajo.

Fueron pasando los días y la situación continuaba igual. Y no porque nadie intentase cambiarla. Una noche los amigos de la orilla se acercaron en un esquive para crear confusión mientras los dos italianos se escapaban. No lo lograron porque el pescante del barco no estaba bien engrasado. El chirrido del pescante nos llevó a dejar de perseguir

al esquife desconocido y llegamos al *Lancashire Queen* en el momento justo en que los italianos arriaban el suyo. Otra noche, casi media docena de esquifes remaron a nuestro alrededor en la oscuridad, pero nos pegamos al costado del buque como lapas y frustramos sus planes hasta que se enfadaron y empezaron a insultarnos. Charley se reía tumbado en el suelo de nuestro barco.

—Es buena señal, muchacho —me dijo—. Cuando empiezan a insultar es que están perdiendo la paciencia y poco después de perder la paciencia pierden la sensatez. Escúchame bien: si continuamos aguantando, un día de estos cometerán una imprudencia y los atraparemos.

Pero no cometieron imprudencia alguna y Charley confesó que aquella era una de esas ocasiones en las que todos los indicios son erróneos. La paciencia de ellos parecía igual a la nuestra y la segunda semana de asedio empezó a transcurrir despacio y de forma monótona. Entonces la imaginación adormilada de Charley se estimuló lo bastante como para sugerir una artimaña. Peter Boyelen, un patrullero nuevo y desconocido para los pescadores, llegó por casualidad a Benicia y lo incluimos en nuestro plan. Lo mantuvimos tan en secreto como nos fue posible, pero de alguna forma inexplicable los amigos de la orilla enviaron recado a los italianos sitiados para que mantuviesen los ojos bien abiertos.

La noche en la que íbamos a poner en práctica nuestra artimaña, Charley y yo ocupamos nuestros puestos al costado del *Lancashire Queen* a bordo del esquife a remos. En cuanto la oscuridad fue completa, Peter Boyelen zarpó en una canoa pequeña, de esas que se pueden transportar bajo el brazo. Cuando oímos que se acercaba haciendo mucho ruido al remar, nos alejamos de allí, nos internamos en la oscuridad y dejamos de remar. Frente a la escalerilla del buque, tras haber saludado jovialmente al guardia de fondeo del *Lancashire Queen* y preguntado la situación del *Scottish Chiefs*, otro carguero de trigo, volcó con gran torpeza. El encargado de la guardia bajó enseguida por la escalerilla y lo ayudó a salir del agua. Eso era lo que queríamos, subir a bordo. Esperábamos que lo siguiente fuese que lo llevasen a cubierta y luego abajo para que entrase en calor y se secara. Pero el capitán se mostró tan poco hospitalario como para mantenerlo subido al peldaño más bajo de la escalerilla, tiritando sin parar y con los pies oscilando sobre el agua, hasta que nosotros nos compadecimos de él y nos acercamos para rescatarlo. Las bromas y las burlas de la tripulación, que se había despertado, nos parecieron de todo menos graciosas y hasta los dos italianos se subieron a la barandilla para reírse de nosotros con malicia.

—No importa —dijo Charley en voz tan baja que solo lo oí yo—. Me alegro de que no seamos nosotros quienes ríen primero. Guardaremos nuestras risas para el final, ¿verdad, muchacho?

Me dio una palmada en el hombro, pero a mí me pareció que en su voz había más determinación que esperanza.

Hubiésemos podido conseguir la ayuda de la Policía Federal y abordar la nave respaldados por las autoridades gubernamentales, pero la Comisión Pesquera había dado instrucciones para que los patrulleros evitaran cualquier complicación y aquel caso, si recurríamos a las altas esferas, podría resultar un buen lío internacional.

La segunda semana de asedio tocaba a su fin y nada indicaba que la situación fuese a cambiar. La mañana del décimo cuarto día se produjo una variación, tan inesperada y sorprendente para nosotros como para los hombres a los que intentábamos capturar.

Charley y yo, tras nuestra acostumbrada vigilia nocturna al costado del *Lancashire Queen*, remamos hacia el embarcadero Solano.

—¡Caramba! —exclamó Charley sorprendido—. En nombre del sentido común y la razón, ¿qué es eso? ¿Habías visto alguna vez una embarcación parecida a esa?

No era de extrañar que hablase así, porque atracada en el muelle se veía la lancha más extraña del mundo. Y no es que fuese una lancha propiamente dicha, pero se asemejaba más a una que a cualquier otra clase de embarcación. Medía veinte metros de eslora, aunque era tan estrecha y estaba tan vacía de superestructura que parecía mucho más pequeña de lo que era en realidad. Estaba construida en acero y pintada de negro. Tres chimeneas, separadas entre sí, se alzaban en mitad del barco y se extendían en fila india hacia popa, mientras la proa, alargada, estrecha y afilada como un cuchillo, anunciaba que aquella embarcación estaba hecha para correr. Al pasar bajo su popa leímos *Streak* pintado en pequeñas letras blancas.

La curiosidad nos devoraba a Charley y a mí. En cuestión de minutos nos hallábamos a bordo, charlando con el maquinista que observaba el amanecer desde cubierta. Se mostró encantado de satisfacer nuestra curiosidad y en pocos minutos supimos que el *Streak* había llegado desde San Francisco después de oscurecer, que se trataba de su travesía de prueba y que su dueño era Silos Tate, un joven millonario de California, propietario de minas, al que le había dado por los yates que alcanzaban grandes velocidades. Habló de motores de turbina, aplicación directa del vapor y ausencia de pistones, barras de transmisión y cigüeñales, todo lo cual me superaba porque solo sabía de embarcaciones a vela. Sin embargo, comprendí perfectamente las últimas palabras del maquinista.

—Cuatro mil caballos y cuarenta y cinco millas por hora, aunque no se lo crean desagradablemente —concluyó en tono orgulloso.

—¡Repítamelo, amigo! ¡Repítamelo! —exclamó Charley emocionado.

—Cuatro mil caballos y cuarenta y cinco millas por hora —repitió el maquinista, sonriendo encantado.

—¿Dónde está el dueño? —preguntó Charley enseguida—. ¿Existe alguna posibilidad de que pueda hablar con él?

El maquinista negó con la cabeza.

—Me temo que no. Está durmiendo.

En ese momento, un joven vestido con un uniforme azul salió a cubierta en la zona de popa y se dedicó a observar el amanecer.

—Ahí está. Es él. Ese es el señor Tate —dijo el maquinista.

Charley se acercó a popa para dirigirse a él y mientras le hablaba con seriedad el joven le escuchaba con una expresión divertida en el rostro. Debió preguntar por la profundidad del agua en la orilla del astillero Turner porque vi a Charley gesticular y dar explicaciones. Unos minutos después regresó muy contento.

—Vamos, muchacho —me dijo—. Sube al muelle. ¡Ya son nuestros!

Tuvimos la gran suerte de abandonar el *Streak* en el momento en que lo hicimos porque un poco más tarde apareció uno de los pescadores espías. Charley y yo ocupamos nuestros puestos de siempre sobre la riostra, un poco por delante del *Streak* y encima de nuestro propio barco, desde donde podíamos observar el *Lancashire Queen* cómodamente. No ocurrió nada hasta casi las nueve, momento en el que vimos a los dos italianos abandonar el buque y empezar a recorrer su lado del triángulo hacia la orilla. Charley mostraba una total indiferencia, pero antes de que hubiesen cubierto un cuarto de la distancia, me susurró:

—Cuarenta y cinco millas por hora. Ya no hay quien los salve. ¡Los tenemos!

Los dos hombres continuaron remando despacio hasta que casi se encontraron en línea con el molino. Ese era el punto en el que siempre saltábamos a nuestro barco salmonero y desplegábamos las velas, por lo que los dos hombres, que sin duda esperaban nuestra reacción, se mostraron sorprendidos al ver que ni nos inmutábamos.

Cuando se situaron por completo en línea con el molino, tan cerca de la orilla como del buque y más cerca de la orilla de lo que nunca les habíamos permitido, empezaron a sospechar. Los seguimos a través de los prismáticos y los vimos de pie en el esquife, intentando adivinar qué estábamos haciendo. El pescador espía, sentado junto a nosotros en la riostra, también parecía desconcertado. No comprendía nuestra inactividad. Los del esquife remaron para acercarse más a la orilla, pero volvieron a ponerse de pie y la exploraron como si pensaran que podríamos estar ocultos allí. Sin embargo, un hombre se acercó a la playa y les hizo señas con un pañuelo para indicarles que no había moros en la costa. Eso los animó. Se lanzaron a los remos para correr hacia la salvación. Charley continuó esperando. Hasta que no hubieron cubierto tres cuartos de la distancia desde el *Lancashire Queen*, lo que les dejaba a poco más de un cuarto de milla de la playa, no me dio Charley una palmadita en el hombro y me gritó:

—¡Ya los tenemos! ¡Ya los tenemos!

Corrimos hasta el *Streak* y saltamos a bordo. En un segundo soltaron amarras. El *Streak* se alejó disparado del muelle. El pescador espía, al que habíamos dejado sobre la riostra, sacó un revólver y efectuó cinco disparos al aire en rápida sucesión. Los del esquife hicieron caso al instante de la advertencia porque los vimos remar como locos.

Pero si ellos remaban como locos, me pregunto cómo podría describirse nuestra forma de avanzar. Casi volábamos. La velocidad a la que desplazábamos el agua era tan

impresionante que a cada lado de nuestra proa se alzaba una ola que se desplazaba a popa en una serie de tres olas firmes y muy rígidas, mientras que una onda enorme nos perseguía por detrás con avidez, como si a cada momento fuese a caer sobre nosotros para destrozarnos. El *Streak* latía, vibraba y rugía como si estuviese vivo. El viento al avanzar parecía una galerna, un vendaval a cuarenta y cinco millas. No podíamos plantarle cara y respirar sin atragantarnos y ahogarnos. Hacía que el humo de las chimeneas dibujase un ángulo recto a la perpendicular. De hecho, viajábamos a la velocidad de un tren expreso. «Pasamos como un rayo», fue la explicación que dio Charley después y creo que su descripción es más exacta que cualquier otra que yo pueda hacer.

En cuanto a los italianos del esquife, me pareció que nada más zarpar ya estábamos sobre ellos. Naturalmente, tuvimos que frenar antes de alcanzarlos, pero aun así los dejamos atrás como un relámpago y nos vimos obligados a dar la vuelta entre ellos y la orilla. Habían remado sin bajar el ritmo, levantándose de la bancada a cada golpe del remo, hasta el momento en que pasamos a su lado y nos reconocieron a Charley y a mí. Eso los dejó sin fuerzas para continuar luchando. Con cara de pocos amigos, recogieron los remos y permitieron que los arrestásemos.

—Bueno, Charley —dijo Neil Partington cuando más tarde hablamos del asunto en el muelle—, no logro ver cuándo entró en juego esta vez tu famosa imaginación.

Pero Charley no se dejó vencer.

—¿Imaginación? —dijo, señalando al *Streak*—. ¡Mira eso! ¡Míralo bien! Si inventar eso no es pura imaginación, me gustaría saber qué lo es. Bueno, sí —añadió—, es la imaginación de otro, pero a nosotros nos ha servido igual.

[1903]

El matrimonio de Lit-Lit

CUANDO JOHN FOX llegó a un país en el que el whisky se congela por completo y puede usarse como pisapapeles durante la mayor parte del año, lo hizo sin los ideales e ilusiones que suelen entorpecer el progreso de los aventureros educados con mayor delicadeza. Nacido y criado en la franja fronteriza de Estados Unidos, se llevó con él a Canadá una mentalidad primitiva, una simplicidad primaria para captar las cosas, por decirlo de otra forma, que le aseguró un éxito inmediato en su nueva carrera. De simple empleado de la Compañía de la Bahía de Hudson, remando con los *voyageurs*[3] y transportando bienes a la espalda en los pasos, enseguida ascendió al puesto de factor y se ocupó de la factoría de Fort Angelus.

Allí, debido a su simplicidad primaria, se procuró una esposa nativa y, debido al éxtasis conyugal que le proporcionó, se libró del malestar y los vanos deseos que maldicen los días de los hombres más quisquillosos, echan a perder su trabajo y al final acaban por conquistarlos. Él vivía satisfecho, se centraba en el trabajo que debía hacer y reunió un historial magnífico al servicio de la Compañía. Por esa época falleció su esposa, a la que su pueblo reclamó y enterró, entre ceremonias primitivas, en un baúl de lata sobre la copa de un árbol.

Le había dado dos hijos y cuando la Compañía lo ascendió se adentró con ellos en la inmensidad del Territorio Noroeste hasta un lugar llamado Sin Rock, donde se ocupó de

[3] Viajero, en francés. Transportaban en canoa las mercancías con las que abastecían los puestos comerciales para intercambiarlas por las pieles que los nativos les ofrecían y que también se ocupaban de transportar. Al principio eran independientes, pero acabaron trabajando para las grandes compañías, como la Compañía de la Bahía de Hudson. De origen francocanadiense en su mayoría, dominaban casi por completo el transporte en canoa y en ocasiones servían de guías a los exploradores.

una nueva factoría en una zona más importante, en la que se conseguían más pieles. Allí pasó varios meses solitarios y deprimentes, sumamente molesto con el aspecto poco atractivo de las doncellas indias y cada vez más preocupado por sus hijos en edad de crecer y necesitados de las atenciones de una madre. Entonces sus ojos se posaron en Lit-Lit.

—Lit-Lit… bueno, es Lit-Lit —fue la forma en que, desesperado, se la describió a su ayudante jefe, Alexander McLean.

McLean tenía demasiado fresca su educación escocesa —«Aún está muy verde», como decía John Fox— para aceptar las costumbres matrimoniales del país. Sin embargo, no se mostraba reacio a que el factor pusiera en peligro su alma inmortal y, sobre todo porque él mismo sentía una atracción por Lit-Lit que no presagiaba nada bueno, se sintió sombríamente satisfecho de zanjar la seguridad de su propia alma al verla casada con el factor.

No es de extrañar que la austera alma escocesa de McLean corriese peligro de derretirse bajo el cálido brillo de los ojos de Lit-Lit. Era guapa, delgada, esbelta, sin el rostro grande y la apatía temperamental de las indias. Lit-Lit recibía ese nombre por su forma, ya desde niña, de moverse como si revoloteara, de desplazarse de un lado a otro como una mariposa, de mostrarse pueril y alegre y de reírse con tanta ligereza como se movía y bailaba.

Lit-Lit era hija de Snettishane, un jefe importante de la tribu, y de una mujer mestiza. Un día de verano el factor acudió a verlo para comenzar a negociar el matrimonio. Se sentó con el jefe bajo el humo de un fumigador de mosquitos, frente a su tienda, y charlaron sobre todos los temas imaginables, o al menos todos los temas imaginables en la región septentrional, a excepción del matrimonio. John Fox había ido para hablar de matrimonio; Snettishane lo sabía y John Fox sabía que lo sabía, por lo que evitaron el asunto escrupulosamente. Se dice que eso es sutileza india. En realidad se trata de una simplicidad transparente.

Fueron pasando las horas y Fox y Snettishane fumaron una pipa tras otra, mirándose a los ojos con una ingenuidad extraordinariamente histriónica. A media tarde McLean y su colega ayudante, McTavish, pasaron por allí camino del río, inocentemente indiferentes. Cuando volvieron a pasar una hora más tarde Fox y Snettishane se encontraban absortos en una conversación ceremoniosa sobre el estado y la calidad de la pólvora y el beicon con los que comerciaba la Compañía. Mientras Lit-Lit, que había adivinado la misión del factor, se había colado por debajo de la pared trasera de la tienda y observaba, a través de la puerta delantera, a los dos inmersos en aquella logomaquia junto al fumigador de mosquitos. Estaba ruborizada y con los ojos alegres, orgullosa de que precisamente el factor (que en la jerarquía de la región septentrional ocupaba un lugar junto a Dios) la hubiese elegido y sentía una curiosidad muy femenina por ver de cerca qué clase de hombre era. El reflejo del sol en el hielo, el humo de las hogueras y el desgaste del clima le habían quemado el rostro hasta convertirlo en un moreno broncíneo, de

manera que tenía el mismo color que su padre, mientras que ella era de piel más clara. Eso no le hizo demasiada gracia y le gustó mucho más lo grande y fuerte que aparentaba, a pesar de que su enorme barba negra la asustaba un poco porque le parecía extraña.

Como era muy joven no conocía las costumbres de los hombres. Diecisiete veces había visto al sol viajar hacia el sur y desaparecer tras el horizonte y diecisiete veces lo había visto regresar para recorrer el cielo día y noche hasta que no hubiese oscuridad. Durante esos años Snettishane la había cuidado con el mayor de los celos, interponiéndose entre todos sus pretendientes, escuchando con desdén las ofertas que los jóvenes cazadores hacían a cambio de su mano y rechazándolos como si no hubiese nadie capaz de pagar su precio. Snettishane era un mercenario. Lit-Lit representaba una inversión para él. Constituía un capital concreto por el que esperaba recibir no un interés determinado y fijo, sino un interés incalculable.

Por eso, habiendo sido criada de una forma tan parecida a la de un convento como permitieron las circunstancias de la tribu, la joven miraba con enorme ansiedad de doncella al hombre que sin duda había ido a buscarla, al marido que iba a enseñarle todo cuanto le faltaba por aprender de la vida, al ser poderoso cuya palabra sería ley para ella y que controlaría y limitaría sus actos y su comportamiento durante el resto de sus días.

Pero, mientras miraba a través de la puerta delantera de la tienda, ruborizada e ilusionada por el extraño destino que surgía a su encuentro, fue sintiéndose decepcionada al ver que transcurría el día y el factor y su padre continuaban hablando ampulosamente de asuntos relacionados con otras cosas y que no tenían nada que ver con el matrimonio. A medida que el sol fue descendiendo hacia el norte y la medianoche se acercaba, el factor empezó a prepararse para despedirse. Al ver que se daba la vuelta con intención de echar a andar, Lit-Lit se desanimó, pero se recuperó cuando el hombre se detuvo y giró medio cuerpo.

—Por cierto, Snettishane —dijo—, quiero una india que me arregle la ropa y se ocupe de fregar y limpiar.

Snettishane gruñó y sugirió a Wanidani, que era una anciana sin dientes.

—No, no —exclamó el factor—. Lo que quiero es una esposa. Lo he estado pensando y se me acaba de ocurrir que tal vez tú conozcas a alguna que me convenga.

Snettishane se mostró interesado, por lo que el factor desanduvo sus pasos a fin de entretenerse, sin darle importancia, para charlar sobre aquel tema incidental que acababa de surgir.

—¿Kattou? —sugirió Snettishane.

—Solo tiene un ojo —objetó el factor.

—¿Laska?

—Cuando está de pie se le quedan las rodillas muy separadas. Kips, el más grande de tus perros, puede pasar entre sus rodillas cuando está de pie.

—¿Senatte? —continuó Snettishane, imperturbable.

Pero John Fox fingió enfado y gritó:

—¿Qué tontería es esa? ¿Es que soy viejo para que intentes emparejarme con viejas? ¿Me faltan los dientes? ¿Estoy cojo? ¿Ciego de un ojo? ¿O soy pobre para que una doncella de ojos brillantes no pueda mirarme bien? ¡No lo olvides! ¡Soy el factor, un hombre rico e importante, uno de los poderosos de esta tierra, cuyas palabras hacen temblar a los hombres y siempre son obedecidas!

Snettishane se sintió satisfecho, aunque su rostro, como el de una esfinge, no se relajó. Provocaba al factor y le marcaba el rumbo. Al ser una criatura tan primaria como para atender a las ideas de una en una, Snettishane era capaz de llevar esa idea mucho más lejos que John Fox. Porque John Fox, primario como era, tenía complejidad suficiente para albergar varias ideas tenues a la vez, lo que le impedía empeñarse en una sola con la insistencia y firmeza del jefe.

Snettishane continuó enumerando con calma la lista de las doncellas disponibles mientras, una a una, en cuanto oía su nombre, John Fox las tachaba de no aptas y añadía sus objeciones. Al final se cansó y emprendió el regreso al fuerte. Snettishane lo vio marchar sin molestarse en detenerlo, pero no hizo falta porque el factor se detuvo por su cuenta.

—Ahora que lo pienso —comentó—, los dos nos hemos olvidado de Lit-Lit. Me pregunto si me convendrá.

Snettishane recibió la sugerencia con gesto distante y frío, bajo cuya máscara su alma sonreía de oreja a oreja. Era una clara victoria. Si el factor hubiese dado un solo paso más, él mismo habría pronunciado el nombre de Lit-Lit, pero el factor se había detenido justo a tiempo.

El jefe no se comprometió en lo relativo a la idoneidad de Lit-Lit hasta que obligó al blanco a dar el siguiente paso adelante en los trámites.

—Pues la única forma de saberlo será haciendo la prueba —meditó el factor en voz alta. Luego elevó el tono y dijo—: Así que ofrezco por Lit-Lit diez mantas y kilo y medio de buen tabaco.

Snettishane contestó con un gesto que parecía decir que ni todas las mantas o el tabaco del mundo compensarían la pérdida de Lit-Lit y sus muchas virtudes. Cuando el factor lo presionó para que estableciera un precio, fríamente lo estableció en quinientas mantas, diez armas de fuego, veinticinco kilos de tabaco, veinte paños escarlata, diez botellas de ron, una caja de música y por último la buena voluntad y los mejores oficios del factor, con un sitio junto a su hoguera.

El factor aparentó sufrir una apoplejía con lo que logró reducir el número de mantas a doscientas y eliminar el sitio junto a la hoguera, una condición insólita en los matrimonios de los blancos con las hijas de la tierra. Al final, tras otras tres horas de regateos, llegaron a un acuerdo. Snettishane recibiría por Lit-Lit cien mantas, dos kilos y medio de tabaco, tres armas de fuego y una botella de ron, incluidos la buena volun-

tad y los mejores oficios, lo cual, según John Fox, suponía diez mantas y un arma de fuego más de lo que valía la joven. Mientras volvía a casa de madrugada, con el sol de las tres brillando al noreste, fue desagradablemente consciente de que Snettishane lo había superado negociando.

Snettishane, cansado y victorioso, fue a acostarse y descubrió a Lit-Lit antes de que pudiese escapar de la tienda. Gruñó con complicidad:

—Has visto. Has oído. Por eso conoces la gran sabiduría y comprensión de tu padre. Te he casado bien. Haz caso de mis palabras y síguelas, ve cuando yo diga que vayas y ven cuando te ordene venir, así engordaremos con la riqueza de ese gran hombre blanco, que es tan necio como grande.

Al día siguiente no se comerció en la factoría. El factor abrió el whisky antes del desayuno, para disfrute y alegría de McLean y McTavish, ofreció doble ración de comida a sus perros y se calzó sus mejores mocasines. En el exterior del fuerte se ocupaban de los preparativos para celebrar un *potlatch*[4]. *Potlatch* significa «dar» y John Fox tenía la intención de distinguir su matrimonio con Lit-Lit celebrando un *potlatch* tan generoso como hermosa era la joven. Por la tarde toda la tribu se reunió para participar de la fiesta. Hombres, mujeres, niños y perros se atiborraron hasta la saciedad y ni una sola persona, ni siquiera los visitantes casuales o los cazadores llegados de otras tribus, se quedó sin recibir algún obsequio indicativo de la generosidad del novio.

Lit-Lit, asustada y tímida hasta las lágrimas, se dejó engalanar por su barbudo esposo con un vestido nuevo de calicó, unos mocasines espléndidamente cubiertos de abalorios, un magnífico pañuelo de seda sobre su cabello negro como ala de cuervo, una bufanda púrpura alrededor del cuello, anillos y pendientes de latón, y una buena cantidad de joyas de imitación, incluido un reloj Waterbury. Snettishane a duras penas logró contenerse ante aquel espectáculo, sin embargo, decidido a no perder su oportunidad, consiguió apartarla un momento de la celebración.

—Ni esta noche ni la siguiente —le dijo despacio—, sino después, cuando te llame como el cuervo desde la orilla del río, deberás levantarte del lecho de tu gran esposo, que es un necio, y acudir a mí. No, no —añadió veloz, al ver el rostro consternado de su hija ante la perspectiva de renunciar a su nueva y maravillosa vida—, porque en cuanto eso ocurra tu marido, que es un necio, vendrá quejándose a mi tienda. Entonces tendrás que quejarte tú y afirmarás que tal cosa no te gusta y tal otra tampoco y que ser la esposa del factor es más de lo que creías, por lo que solo te contentarás con más mantas, más tabaco y más riquezas de varios tipos para tu pobre padre Snettishane. No lo olvides, cuando te llame de noche, como un cuervo, desde la orilla del río.

---

[4] Se trata de una fiesta ceremonial indígena durante la que se distribuyen propiedades y regalos a fin de reforzar las relaciones jerárquicas. El anfitrión regala sus posesiones para demostrar su importancia y su riqueza, ya que tiene tanto que puede permitirse regalarlo.

Lit-Lit asintió, porque desobedecer a su padre era un riesgo que conocía bien. Además, lo que le pedía no era gran cosa: una breve separación del factor, que se alegraría mucho más cuando la recuperase. La joven volvió a la fiesta y, al llegar la medianoche, el factor la buscó y se la llevó al fuerte, entre las bromas y los gritos de todos, en especial de las otras indias.

Lit-Lit enseguida descubrió que la vida de casada con el jefe de un fuerte era mucho mejor de lo que había soñado. Ya no tenía que salir a buscar leña o agua y servir en todo momento a los hombres de la familia, todos unos cascarrabias. Por primera vez en su vida podía quedarse en la cama hasta que el desayuno estaba servido. ¡Y qué cama!, limpia, blanda y cómoda como ninguna otra. ¡Y qué comida! Mucha harina, con la que hacían galletas, tortitas calientes y pan tres veces al día y todos los días ¡y en la cantidad que ella quisiera! Semejante prodigalidad parecía increíble.

Para mayor satisfacción, el factor era astutamente amable. Había enterrado una esposa y sabía gobernar dejando las riendas flojas para tensarlas solo de vez en cuando, aunque cuando las tensaba lo hacía con fuerza. «Lit-Lit manda en esta casa —anunció en la mesa la mañana siguiente a la boda—. Se hará lo que ella diga, ¿entendido?». McLean y McTavish comprendieron. Además, sabían que el factor tenía la mano muy firme.

Pero Lit-Lit no se aprovechó. Imitando el comportamiento de su marido, enseguida se hizo cargo de los niños y les proporcionó toda clase de comodidades, además de darles la misma libertad que él le daba a ella. Los dos hijos colmaron a su nueva madre de alabanzas, a las que se unieron los elogios de McLean y McTavish, y el factor alardeó de la felicidad del matrimonio hasta que el relato del buen comportamiento de ella y la satisfacción del esposo llegó a oídos de todos los habitantes de la región de Sin Rock.

Entonces Snettishane, al que las visiones de su interés incalculable mantenían despierto por las noches, pensó que había llegado el momento de poner manos a la obra. La décima noche de su vida de casada, a Lit-Lit la despertó el graznido de un cuervo y supo que Snettishane la esperaba en la orilla del río. Era tan feliz que había olvidado su pacto y ahora la alcanzaba envuelto en el miedo infantil que le provocaba su padre. Permaneció un rato acostada, temblando, sin querer ir pero temerosa de quedarse. Sin embargo, al final el factor salió victorioso de aquella lucha silenciosa y su amabilidad, además de sus enormes músculos y su mandíbula cuadrada, le dieron fuerzas para ignorar la llamada de Snettishane.

Pero por la mañana se levantó muy asustada y se dedicó a sus tareas con miedo de que apareciera su padre. Sin embargo, a medida que iba transcurriendo el día, fue recuperando el ánimo. John Fox, al reconvenir prudentemente a McLean y McTavish por algún incumplimiento de su deber, la ayudó a reunir valor. Intentó no perderlo de vista en ningún momento y cuando lo siguió al interior del gigantesco almacén y lo vio manejar y mover de un lado a otro grandes fardos de mercancía, se sintió reforzada en su

desobediencia al padre. Además (no había entrado nunca en el almacén y Sin Rock era el centro de distribución para varias series de factorías menos importantes), se quedó impresionada por la infinita riqueza que allí guardaban.

Esa imagen, comparada con la de la tienda vacía de Snettishane, hizo que se desvanecieran sus dudas. Pero lo que acabó por convencerla del todo fue una breve conversación con uno de sus hijastros. «¿Es bueno tu padre blanco?», fue lo que preguntó ella y el niño contestó que su padre era el mejor hombre que conocía. Esa noche el cuervo volvió a graznar. La noche siguiente el graznido fue aun más intenso y despertó al factor, quien dio vueltas en la cama, inquieto, durante un rato y luego dijo en voz alta: «Maldito sea ese cuervo», lo que hizo reír a Lit-Lit bajo las mantas.

Por la mañana, muy temprano, Snettishane hizo su siniestra aparición y fue enviado a desayunar a la cocina con Wanidani. Se negó a tomar «comida de mujeres» y un poco después se enfrentó a su yerno en la tienda, donde se comerciaba. Dijo que, tras saber que su hija era semejante joya, había ido a buscar más mantas, más tabaco y más armas de fuego, sobre todo más armas de fuego. Mantenía que lo habían engañado en cuanto al precio y que acudía a él en busca de justicia. Pero al factor no le sobraban ni las mantas ni las ganas de hacer justicia, por lo que fue informado de que Snettishane había hablado con el misionero de Three Forks, quien le había dicho que esos matrimonios no se hacían en el cielo y que el deber de un padre era recuperar a su hija.

—Ahora soy un buen cristiano —concluyó Snettishane—. Quiero que mi Lit-Lit vaya al cielo.

La respuesta del factor fue breve y directa, pues envió a su suegro a las antípodas del cielo y, agarrándolo del cogote y del borde de la manta, lo propulsó en esa dirección hasta la puerta.

Pero Snettishane se coló dentro de nuevo por la cocina y acorraló a Lit-Lit en la enorme sala de estar del fuerte.

—Puede ser que durmieras profundamente anoche cuando te llamé desde la orilla del río —le dijo con una mirada de cólera.

—No. Estaba despierta y te oí. —El corazón le latía con fuerza y sintió que se ahogaba, pero no se detuvo—. Y la noche anterior estaba despierta y te oí, al igual que la anterior.

Acto seguido, debido a su gran felicidad y al miedo de que se la arrebataran, emprendió un discurso original y elogioso sobre la situación y los derechos de la mujer: la primera conferencia sobre la nueva mujer pronunciada al norte del paralelo 53.

Pero cayó en saco roto. Snettishane vivía en la oscuridad de la Edad Media. Cuando ella se detuvo para coger aire, él dijo en tono amenazador:

—Esta noche volveré a llamar como el cuervo.

En ese momento entró el factor y volvió a enviar a Snettishane camino de las antípodas celestiales.

Esa noche el cuervo graznó con más empeño que nunca. Lit-Lit, que tenía el sueño ligero, lo oyó y sonrió. John Fox dio vueltas en la cama, inquieto. Luego se despertó y dio aún más vueltas, mucho más inquieto. Gruñó y bufó, juró en voz baja y en voz alta y al final se levantó. Avanzó a tientas hasta la sala de estar y cogió una escopeta cargada con perdigones que estaba en el perchero y que el descuidado de McTavish había dejado allí.

El factor abandonó el fuerte sin hacer ruido y se dirigió hacia el río. Los graznidos habían cesado, pero se tumbó sobre la hierba alta y aguardó. El aire parecía un bálsamo fresco y la tierra, tras el calor del día, de vez en cuando respiraba relajada. El factor, inmerso en el ritmo de su entorno, apoyó la cabeza en el brazo y se quedó traspuesto.

A cincuenta metros de distancia, con la cabeza descansando en las rodillas y de espaldas a John Fox, Snettishane también dormía, suavemente vencido por la quietud de la noche. Transcurrió una hora, se despertó y, sin levantar la cabeza, hizo vibrar las sombras con el ronco sonido gutural del cuervo.

El factor se despertó, pero no con el sobresalto abrupto del hombre civilizado, sino con el paso silencioso, rápido y rotundo del sueño al desvelo del salvaje. A la poca luz nocturna distinguió un objeto oscuro en medio de la hierba, al que apuntó con la escopeta. Un segundo graznido empezaba a surgir cuando apretó el gatillo. Los grillos dejaron de cantar, las aves silvestres de pelear y el graznido del cuervo se detuvo de repente y se desvaneció en un silencio sorprendido.

John Fox corrió al lugar y alargó la mano hacia lo que había matado, pero sus dedos agarraron una mata de pelo áspero y expusieron el rostro de Snettishane a la luz de las estrellas. Sabía cómo se dispersaban los perdigones a cincuenta metros de distancia y sabía que había acribillado a Snettishane en los hombros y en la región lumbar. Y Snettishane sabía que él lo sabía, pero ninguno lo comentó.

—¿Qué haces aquí? —preguntó el factor—. A estas horas los viejos deberían estar en la cama.

Pero Snettishane se mostró imponente, a pesar de que los perdigones le picaban bajo la piel.

—Este viejo no duerme —afirmó solemne—. Lloro por mi hija, por mi hija Lit-Lit, que vivía y que ahora está muerta y que sin duda irá al infierno del hombre blanco.

—Pues de ahora en adelante llora en la otra orilla, para que no se te oiga desde el fuerte —dijo John Fox, dándose la vuelta—. El ruido de tu llanto es excesivo y no nos deja dormir por las noches.

—Me duele el corazón —respondió Snettishane—, y la pena vuelve negros mis días y mis noches.

—Como negro es el cuervo —dijo John Fox.

—Como negro es el cuervo —repitió Snettishane.

Nunca más se oyó al cuervo junto a la orilla del río. Lit-Lit madura día a día y es muy feliz. Además, los hijos de la primera esposa de John Fox, que yace enterrada en

un árbol, han tenido hermanas. El anciano Snettishane ya no visita el fuerte y dedica muchas horas a elevar su voz, vieja y apagada, contra la ingratitud filial de los hijos en general y de su hija Lit-Lit en particular. Sus últimos años se han visto amargados por la total seguridad de que fue engañado. Incluso John Fox ha dejado de afirmar que había pagado diez mantas y un arma de fuego de más por Lit-Lit.

[1903]